J. B. PRIESTLEY

ALLENDE EL JORDAN

J. B. PRIESTLEY

ALLENDE EL JORDAN

(JOHNSON OVER JORDAN)
COMEDIA EN TRES ACTOS

★

Traducción del inglés por
ARMANDO GÓMEZ

AGUILAR

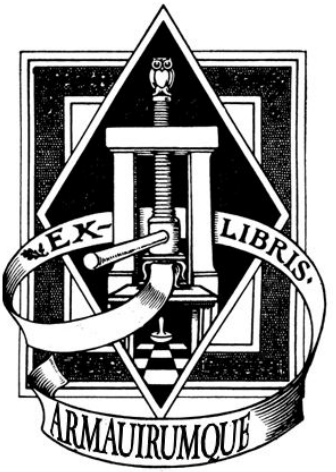
J. B. Priestley

ALLENDE EL JORDAN

(JOHNSON OVER JORDAN)

COMEDIA EN TRES ACTOS

Traducción de
ARMANDO GOMEZ



ALLENDE EL JORDÁN y MÚSICA EN LA NOCHE *son dos comedias experimentales, y en ambas he tratado de hallar una fórmula dramática que me permitiese situar a los personajes fuera del tiempo, como sucede en sueños, y posibilitar la creación de un drama cuatridimensional. Por esta razón, ambas comedias exigen mucho de los directores y de los intérpretes principales.* Música en la noche *fue escrita para el Festival de Malvern de 1938 y presentada en el Westminster Theatre, de Londres, poco después de haber comenzado la guerra. Tanto en Malvern como en Londres, el público comprendió y apreció la pieza mejor que la mayoría de los críticos dramáticos, que torcieron el gesto antes estas fantasías La principal debilidad de la comedia radica en que, al llegar al tercer acto, me esfuerzo por demostrar que la personalidad, el yo independiente, es una ilusión..., empeño sin esperanza en el teatro.* Allende el Jordán *se presentó primero en el New Theatre y después en el Savile Theatre, de Londres, durante la primavera de 1939. Por primera vez, traté aquí de utilizar todos los recursos del teatro, incluyendo la música y el* ballet, *lo cual hizo que nuestros gastos semanales alcanzasen una cifra muy elevada, demasiado elevada, según se comprobó sin tardanza, para nuestros ingresos en taquilla. La obra fue un* fracaso; *pero gentes a quienes no conozco no han dejado de detenerme hasta la fecha para decirme lo mucho que disfrutaron con la pieza. (Una actriz americana, que se hallaba a la sazón en Londres, me dijo tiempos después que la había visto catorce veces, y hubo personas que la vieron incluso más veces.) Hasta los críticos más hostiles proclamaron que había sido un gran triunfo de Ralph Richardson, que interpretó el papel de Johnson, y así fue en verdad; pero no puedo menos de preguntarme seriamente si lo que este magnífico actor tuvo que hacer y decir en la obra no contribuiría, al menos en cierta medida, a su triunfo. Después de todo, un actor ha de tener algo sobre lo cual actuar. Una obra de esta índole—que exige*

un montaje costoso y selecciona su propio auditorio—constituye un argumento en favor de las compañías de repertorio, porque, si se pone en escena una vez por semana, probablemente llenaría el teatro durante años, mientras resulta demasiado costosa y selectiva en demasía para encajar en el usual sistema londinense de la representación ininterrumpida. Por último, permítaseme añadir que no ha de considerarse Allende el Jordán *como una comedia respecto a la vida después de la muerte, porque en realidad es una comedia biográfico-moral en la que se abandona el usual tratamiento cronológico en beneficio del examen de la vida de un hombre, realizado en una especie de ensueño fuera del tiempo.*

DEDICO ESTA OBRA
CON MI AGRADECIMIENTO Y
MIS MEJORES DESEOS, A TODOS
CUANTOS SE HAN ARRIESGADO CONMIGO
EN ESTA AVENTURA DEL TEATRO

Esta obra fue estrenada el 22 de febrero de 1939 en el New Theatre, de Londres, con el siguiente reparto, por orden de aparición en escena:

JOHNSON	Ralph Richardson.
JILL	Edna Best.
THE FIGURE	Richard Ainley.
FREDA	Victoria Hopper.
RICHARD	Christopher Quest.
CLAYTON	Ernest Borrow.
MADAME VULTURE	Emma Trechman
MISTRESS GREGG	Violet Blyth Platt.
STOUT WOMAN	Betty Shale.
AGNES	Louise Frodsham.
TOM	Grey Blake.

Otros personajes fueron interpretados por: GEORGE HAYES, MEADOWS WHITE, HENRY HALLATT, STAFFORD HILLIARD, WILFRED BABBAGE, LAWRENCE BASKCOMB, TARVER PENNA, ALBERT CHEVALIER, JACK LAMBERT, LARRY SILVERSTONE, MICHAEL ROSE, PAMELA BLAKE.

ACTO PRIMERO

Música rotunda y sobrecogedora, que desciende en seguida a la melancolía. Nos hallamos en el vestíbulo de la casa de Robert Johnson, situada en un agradable barrio residencial. No hay mucho que ver: en el centro, una puerta que se supone da al salón; a uno de sus lados, una pequeña mesa y un par de sillas; al otro lado, una alta percha para sombreros, abrigos y bastones. Lo impresionante es la atmósfera del lugar, a la vez fría y cerrada. Hay en el ambiente algo de helado e inquietante. Algo no es normal, ni esta es una mañana como las otras; y pronto nos lo confirma la entrada de AGNES, la doncella, vestida de negro y con los ojos enrojecidos, seguida por dos o tres personas de mediana edad, todas de luto, a quienes conduce al salón. Sí; vienen a un duelo, y se disponen a asistir a una pequeña ceremonia fúnebre en la casa antes que los restos de ROBERT JOHNSON sean llevados al cementerio. Por el murmullo de voces colegimos que son de los últimos en llegar. Después de acompañarlos, AGNES mira vacilante la alta percha donde están los abrigos y los sombreros, se decide y, con prisa un tanto furtiva, coge algunas de las cosas que hay en ella. Un EMPLEADO de pompas fúnebres de mediana edad, acostumbrado a pasar casi todas sus mañanas en tan extraño ambiente, acaba de entrar y, tras una rápida ojeada a su reloj, está observando a AGNES.

EMPLEADO.—¿Son suyas esas cosas?

AGNES.—*(Compungida y susurrante.)* Sí. Voy a quitarlas de aquí. Sé que a mistress Johnson le afectaría mucho verlas. A mí me ocurriría igual. Sombreros y bastones cuando él ha muerto...

EMPLEADO.—*(Filósofo por razón del oficio.)* Es cierto. Esas cosas duran más que nosotros y le hacen a uno pensar... Pero no tarde mucho en quitarlas. Tenemos que empezar en seguida. *(Sale* AGNES *con su pequeño montón de sombreros y abrigos, sin notar que se ha caído al suelo un guante. El* EMPLEADO *tampoco se da cuenta porque, tras volver a mirar su reloj, ha salido por el lado contrario, para volver al momento con un anciano clérigo, preparado para la ceremonia, al que dice.)* Por allí. Creo que solo falta la familia... que espera arriba.

CLÉRIGO.—*(Impaciente.)* Sí, sí. Bueno, tenemos que empezar en seguida.

EMPLEADO.—*(Acostumbrado a frenar al clérigo.)* Será cosa de dos minutos. Por aquí... *(Tras mostrar al* CLÉRIGO *la entrada, sale por donde se fue* AGNES. *Al momento, los miembros de la familia, que solo esperaban el aviso, entran despacio, angustiados y del*

más riguroso luto. Son MISTRESS JOHNSON, JILL *de nombre, con aspecto tan desolado que solo podemos decir de ella que es una mujer que está llegando al final de los cuarenta. La sostiene, tanto física como moralmente, su madre,* MISTRESS GREGG, *que debe de andar muy dentro de los sesenta y ha asistido ya a muchos funerales. Inmediatamente detrás vienen los dos hijos,* RICHARD, *un muchacho bien parecido de poco más de veinte años, y* FREDA, *una guapa chica de uno o dos años menos; ambos haciendo un desesperado esfuerzo para llevar la cosa bien. Cuando el pequeño cortejo se acerca a la puerta,* JILL *ve el guante que dejara caer* AGNES, *da un gritito y lo recoge.)*

MISTRESS GREGG.—Eso no tiene importancia. No es nada, querida.

JILL.—*(Más al tanto.)* Es su guante... Todo lo que queda de él. *(Esto es demasiado para ella y solloza convulsivamente.* MISTRESS GREGG *y los hijos tratan de consolarla mientras el* EMPLEADO *se afana tras de ellos.)*

MISTRESS GREGG.—*(Que ya había tenido sus dudas.)* ¿Lo ves? Sería mejor que no asistieses al funeral, Jill.

JILL.—*(Luchando por tranquilizarse.)* No, mamá, no me pasará nada. Lo siento. Fue al ver ese guante... tan de repente, así... en el suelo... como si la gente lo hubiera estado pisando...

RICHARD.—Por favor, mamá. Lo mejor que podemos hacer esta mañana es no pensar.

JILL.—*(Todavía esforzándose.)* Seré razonable. *(El* EMPLEADO *se ha adelantado a abrirles la puerta, y sus modos sugieren que, aunque tiene todas las simpatías para* MISTRESS JOHNSON, *debe hacer constar que el inflexible programa matinal ha de cumplirse en un tiempo razonable.)*

EMPLEADO.—Cuando quiera, están todos preparados, mistress Johnson. *(En vista de ello,* JILL *hace un último esfuerzo y entra, con el resto de la familia, mientras el empleado mantiene la puerta abierta. Después la cierra casi del todo y se marcha de puntillas. Al cabo de un rato, oímos al* CLÉRIGO *que comienza el oficio: «Yo soy la resurrección y la vida, dijo el Señor; aquel que creę en mí, aunque estuviere muerto, vivirá; y el que vive y en mí cree nunca morirá...» Pero antes de que tengamos tiempo de preguntarnos qué significan realmente tan extrañas palabras, dos visitantes retrasados entran en el vestíbulo. El primero es* MÍSTER CLAYTON, *un viejo «gentleman» peripuesto, rotundo y próspero, y el otro* GEORGE NOBLE, *un tipo corriente de mediana edad, ambos de riguroso luto.* MÍSTER CLAYTON *llega hasta la puerta, escucha un momento, la cierra cuidadosamente y vuelve junto a* NOBLE, *que ha estado esperando, vacilante. Hablan con audible murmullo y de un modo algo al soslayo que indica su perplejidad. Pero son hombres de mundo y harán lo conveniente.)*

CLAYTON.—Ha empezado ya. No sería oportuno entrar ahora...

NOBLE.—Creo que no. Esperaremos a que acabe, ¿no le parece?

CLAYTON.—*(Tras afirmar con la cabeza, y un tanto abruptamente.)* No puedo decir que me importe. A mí estas ceremonias... Claro que para las mujeres resultan consoladoras. Encontrarse en el cielo y todo eso... Pero para mí... el que se muere terminó.

NOBLE.—*(Que no le ha prestado mucha atención.)* No me sorprendería nada.

CLAYTON.—Pero me gusta ofrecer mis últimos respetos. Conocía mucho al pobre Johnson. ¿Y usted?

NOBLE.—Sí. Eramos primos. Me llamo Noble.

CLAYTON.—¡Ah, claro!... Mi nombre es Clayton.

NOBLE.—*(Ahora con mayor deferencia.)* He oído al pobre Robert hablar de usted, míster Clayton. ¿Presidente del consejo de su empresa, creo?

CLAYTON.—*(Contento de poder charlar.)* Sí. Me acuerdo de cuando Johnson llegó a la casa como meritorio, hace treinta años. Se abrió camino en seguida. Le apreciábamos mucho. Es una gran pérdida para la firma. Y tan joven... ¿Eran cincuenta?

NOBLE.—Poco más o menos. Cincuenta y uno, creo.

CLAYTON.—Eso no es edad. Y morirse... así. No estuvo en cama ni una semana. Las neumonías...

NOBLE.—La verdad es que nunca se sabe. Un hombre tan cuidadoso...

CLAYTON.—Es cierto. Cuidadoso y formal; siempre al tanto de sus responsabilidades. Por eso le queríamos. No será fácil reemplazarle, ya lo verá.

NOBLE.—Ha sido un caso de mala suerte. Y tan feliz en su matrimonio, con un hijo y una hija encantadores, todavía jovencísimos Todos tan bien situados...

CLAYTON.—*(Con indignación.)* ¡Y de pronto morirse... así! Yo le hubiese calculado veinte años más de vida. Es algo absurdo. Completamente absurdo. *(No dicen más porque el* EMPLEADO *de la funeraria entra y va a escuchar en la puerta. Esto les recuerda que allí dentro se está celebrando un funeral, y se advierte su embarazo mientras ven cómo el hombre vuelve a salir.* CLAYTON *dice, bajando algo la voz.)* Será mejor esperar fuera, ¿no le parece?

NOBLE.—*(Aliviado por la idea.)* Es precisamente lo que yo iba a sugerir. No me gustaría que me cogiesen aquí. *(Salen despacio, con innecesarias precauciones, y al momento se abre la puerta, no porque haya terminado el funeral, sino porque aperece* RICHARD *dispuesto a escurrir el bulto y a la vez a dar a su hermana* FREDA, *que lo está pasando mal allá dentro, una oportunidad de salir a reponerse. Pero nosotros no la vemos y apenas si captamos la mirada que* RICHARD *le dirige, porque las luces empiezan a debilitarse, y entre la oscuridad creciente llega la voz del* CLÉRIGO *que continúa la ceremonia: «Porque el hombre persigue vanas sombras y se atormenta en vano: acumula riquezas y no sabe quien*

las disfrutará...» La oscuridad es ya completa y ha vuelto a sonar la música, que pronto se hace más rápida y violenta. Es evidente que el auténtico JOHNSON *no yace en esa caja de roble que el* EMPLEADO *hace ahora conducir al coche fúnebre. ¿Que le ocurre al auténtico* JOHNSON? *En el momento en que nos lo estamos preguntando, le vemos; vemos la cara de* JOHNSON *fuertemente iluminada sobre un fondo de oscuridad. Habla de un modo extraño y confuso, como si delirase.)*

JOHNSON.—Dirán lo que quieran, pero tengo una buena calentura... Es extraño cómo se inclinan y oscilan las cosas, cómo se van flotando. Esto no es normal. Y pasillos..., largos pasillos. Demasiados. Vi algunos cuando me trajeron. No puede haber un gran sanatorio sin pasillos; pero no tantos, ni tan largos... Y nos va a costar un ojo de la cara hasta que pueda salir de aquí... Quince guineas a la semana por la habitación... Y médicos... Y los extras, esas tonterías que cobran a millón. En cuanto uno se mete en la cama, el dinero se va como el agua... Menos mal que he tomado mis precauciones. Ocurra lo que ocurra, Jill no pasará apuros... Nunca dejé de pagar mi póliza... Buena compañía... Una de las más grandes y mejores del mundo... Espero que no intenten engañarla... Me ocuparé de que no suceda... Será mejor que yo mismo les escriba... Una carta bien firme... No es ninguna tontería... Miss Francis... Miss Francis... La necesito para una carta... *(Al parecer, se imagina que está otra vez en su despacho y llama a su secretaria. En el mundo en que ahora se encuentran, un mundo que también nosotros visitamos en sueños, no se llama en vano a nada ni nadie, aunque los resultados escapen a menudo a todo control. Esto es lo que ahora ocurre. Vemos que cuatro secretarias, muchachas impersonales, todas con gafas de concha e idéntico atuendo, se han reunido en torno a* JOHNSON *de tal modo que para cualquier lado que se vuelva está frente a una de ellas. Llevan «blocks», y de ellos parecen provenir las luces que nos muestran sus rostros.)*

JOHNSON.—¡Ah! ¿Está usted ahí, miss Francis?

SECRETARIA PRIMERA.—Sí, míster Johnson.

JONSHON.—*(Algo cansado.)* ¿Quiere tomar una carta?

SECRETARIA SEGUNDA.—Sí, míster Johnson.

JOHNSON.—*(Con esfuerzo.)* Una carta importante... A la Compañía de Seguros Universal.

SECRETARIA TERCERA.—Sí, míster Johnson.

JOHNSON.—*(Tras ligera pausa, cansado.)* «Muy señores míos...»

SECRETARIA CUARTA.—Sí, míster Johnson.

JOHNSON.—*(Confusamente.)* No, no... No importa... No se moleste, miss. Anule esa carta.

LAS CUATRO SECRETARIAS.—Sí, míster Johnson. *(Y las cuatro desaparecen suavemente, mientras* JOHNSON *trata de concentrarse.)*

JOHNSON.—No, no... Una carta no servirá de nada... Es lo que decía siempre míster Clayton, y tenía razón... Si quiere solucionar un asunto, vaya y hágalo en persona, cara a cara... Natural-

mente... Si quiero mi dinero, de nada sevirá limitarme a escribir... Reciben millones de cartas... Lo que tengo que hacer es ir yo mismo por él... ¿Acaso no es mío? Honradamente ganado hasta el último penique, a costa de años de trabajo... Bastará decirles: «Oigan, quiero mi dinero...» Como entre hombres de negocios: «¿Qué hay de mi dinero?»... Después, llenar impresos..., papeleo. Es de esperar. Una gran compañía como esa, con enormes negocios... Una tremenda organización... Puede haber dificultades... Siendo del oficio..., lo comprendo muy bien... Pero he de conseguir mi dinero... *(Apenas dicho esto, la música se lanza a un ritmo nervioso y estridente y vemos que* JOHNSON *está ahora rodeado por un montón de empleados y secretarias, hombres y mujeres, todos atareados intercambiando documentos, tomando notas, etcétera, con movimientos rapidísimos y estilizados. Además, están iluminados desde abajo, y no es fácil verlos claramente entre sus grandes sombras confusas El efecto es irritante, y al cabo agotador, como si hubiésemos experimentado en un solo minuto la jornada de un hombre de negocios moderno. Y ahora del estruendo llega la voz agria e impersonal de un altavoz, gritando: «Son las cuatro y veinticinco... Las cuatro y veinticinco... Todos los impresos K R. T. tres-siete-nueve han de ser devueltos al Departamento Ochenta y Dos a las cuatro y treinta y cinco. Todos los impresos K. R. T. tres-siete-nueve han de ser devueltos al Departamento Ochenta y Dos a las cuatro y treinta y cinco. En este momento son las cuaro y veintiséis.» Y el «ballet» de empleados sale precipitadamente.* JOHNSON *trata inútilmente de detener al último de ellos. Toda la escena está ahora iluminada por una fuerte luz blanca, casi deslumbrante. Es una sala grande y alta, con enormes puertas de vaivén plateadas a cada lado, y en el medio, como único mobiliario, una tremenda mesa de despacho también plateada, sobre una plataforma, con un gran sillón giratorio a cada lado y otro detrás. Enfrente hay una especie de canapé del mismo material plateado. Todo de un aspecto muy moderno, tan eficiente y opulento como inhumano. Sentados en los grandes sillones, a ambos lados de la mesa, están dos ancianos, inquietos hombres de pelo blanco, gafas coloreadas, chaqué y aspecto de millonarios dispépticos. Tienen frente a sí impresos y enormes volúmenes de tipo contable, cuyas páginas pasan de un modo rápido y como desesperado. A gran altura sobre la mesa, hay uno de esos relojes sin maquinaria ni compasión para nuestras debilidades, y sobre él cuelga un horrible racimo de blancos altavoces.* JOHNSON, *a quien ahora vemos claramente como un tipo agradable vestido de oscuro, contempla todo esto aturdido; y al fin se aproxima cautelosamente el primero de los viejos, demasiado atareado para percatarse de su existencia y le dice:)* Perdón. ¿Le importaría decirme...?

VIEJO 1.º—*(Levantando la vista, en cascarrabias.)* Estoy muy ocupado, ¿sabe, señor mío? Muy, muy ocupado.

JOHNSON.—*(Cortado.)* ¡Discúlpeme! *(Va dando la vuelta el segundo.)* No sé si a usted le molestaría...

VIEJO 2.º—*(Alzando los ojos, fastidiado.)* Vamos, ¿de qué se trata?

JOHNSON.—*(En tono de disculpa.)* Bueno, verá, me parece que no recuerdo cómo entré aquí... *(El* VIEJO 1.º *levanta la vista y emite un ruido de protesta.)* Estaba acostado... La verdad es que no me sentía muy bien... Tenía bastante fiebre... y entonces... pues...

VIEJO 2.º.—*(Que no tiene tiempo para estas cosas.)* ¿Entonces qué?

JOHNSON.—*(Sin poder evitar la vaguedad.)* Bueno, eso es cuanto recuerdo. Debo de haberme escabullido de algún modo y llegado aquí. Pérdida de memoria, supongo ¡Qué lata! ¡Me estoy portando como un estúpido! Ni siquiera sé qué busco aquí.

VIEJO 1.º—*(Que no parece necesitar mirarle para esto.)* Claro que lo sabe. Busca su dinero. Si no, no estaría aquí.

JOHNSON.—¿Mi dinero?

VIEJO 1.º—*(Condescendiendo ahora a mirarle.)* Sí, claro. Busca su dinero. También yo busco el mío.

VIEJO 2.º—*(Que no quiere ser menos.)* Y yo el mío.

VIEJO 1.º—Todos buscamos nuestro dinero, ¿verdad? Vamos, vamos, no sea niño...

JOHNSON.—*(Disculpándose.)* ¡Perdónenme! Pero es que... no consigo hacer memoria. Estaba enfermo, saben... muy enfermo. Oí decir al médico...

VIEJO 1.º—Déjeme de médicos. Aquí hay muchos, si los necesita.

VIEJO 2.º—Tenemos un servicio sanitario estupendo. Pero no esperará que ellos le consigan su dinero.

VIEJO 1.º—*(Encantado de dejar el trabajo por una charla financiera.)* ¿Cuánto espera usted?

JOHNSON.—*(Ahora con la impresión de que las cosas van bien.)* Bueno..., varios miles...

VIEJO 1.º—*(Despectivo.)* ¡Varios miles!

VIEJO 2.º—*(Aún peor, riéndose francamente.)* ¡Mil, dos mil, tres mil...! *(Los dos* VIEJOS *y disecados monstruos ríen juntos, señalando con desprecio al pobre* JOHNSON, *y empiezan a darse tono en sus sillones.)*

JOHNSON.—No veo que sea tan divertido.

VIEJO 1.º—Yo gané doscientas cincuenta mil libras con la Anónima del Cobre.

VIEJO 2.º—A mí me dio trescientas cincuenta mil la Nacional del Níquel.

VIEJO 1.º—Cuatrocientas cincuenta mil me liquidó a mí la Internacional de Hierros.

VIEJO 2.º—Yo me embolsé quinientas cincuenta mil por la Aceros Standard.

VIEJO 1.º—*(Para terminar.)* Yo escribí a los directores de la casa y les dije que, para ahorrar tiempo, aceptaría en pago de mi reclamación un millón setecientas cincuenta mil.

VIEJO 2.º—*(Que no quiero ser menos.)* «Señores», les escribí yo, «somos hombres de pocas palabras Me abstendré de nuevas demandas si me dan un cheque de dos millones» (JOHNSON, *que ha estado en el canapé frente a la mesa, volviéndose para escuchar a uno y a otro, apenas tiene ya la mitad de la estatura que al comenzar el dúo. Se levanta y da un rodeo hasta detrás de la mesa, contemplando a los dos viejos con azorado espanto.)*

JOHNSON.—No me extraña que les divirtiese. Esos son negocios inmensos, totalmente fuera de mi alcance. He oído hablar y leído mucho sobre tales operaciones, pero nunca intervine en ellas. La firma en la que he trabajado siempre no es más que una anticuada empresa para el comercio con la India... Un negocio bueno y seguro, desde luego, pero...

VIEJO 1.º—*(Que ha estado mirando su impreso y ahora interrumpe bruscamente.)* ¿Cuál fue la deuda nacional en 1907?

JOHNSON.—*(Aturdido.)* No lo sé. ¿Por qué?

VIEJO 1.º—*(Consultando su impreso.)* Aquí dice—pregunta treinta y cuatro de la Subsección K.—: Deduzca sus gastos personales en el primer trimestre de mil novecientos siete de la deuda nacional de ese año... Véase la Nota seiscientas cuarenta y cinco D. *(La busca.)* Omítase en el cálculo de la deuda el interés semianual devengado por los consolidados. Véase la nota sobre el reembolso de los créditos a la India. *(Busca ávidamente, y al fin llora desesperado.)* No acabaré nunca. Saben que no acabaré nunca. Quieren quedarse con mi dinero. (JOHNSON, *ahora sentado en el sillón que hay detrás de la mesa, los contempla asombrado, mientras el atribulado* VIEJO *pasa página tras página y se sumerge desesperadamente en sus cálculos. El segundo clama ahora con voz desesperada.)*

VIEJO 2.º—¡Ferrocarriles Brasileños! ¡Ferrocarriles Brasileños! Añádanse todos los dividendos a inversores ingleses en los Ferrocarriles Brasileños desde mil ochocientos noventa y cinco en adelante. *(Volviendo a consultar el impreso.)* Pero omítanse los ingresos de la Compañía de Inversiones Anglobrasileñas. *(Desesperado, a los otros.)* Otra vez llegaré tarde, ya lo verán. Y tendré que volver a empezar en otro impreso... completamente diferente.

VIEJO 1.º—*(Lastimero.)* Están decididos a quedarse con nuestro dinero

VIEJO 2.º—*(Cambiando bruscamente de tono.)* ¿Qué va a hacer con el suyo cuando lo consiga?

VIEJO 1.º—*(Mirándolo, no sin interés.)* Voy a... a... Había algo, pero lo he olvidado.

VIEJO 2.º—*(Con orgullo.)* Yo tengo la segunda colección del mundo de tabaqueras francesas del siglo dieciocho. Todas piezas de museo.

VIEJO 1.º—*(Impertinente.)* Ya me lo dijo. Pero adelante, ade-

lante. No hay tiempo que perder. *(Vuelven a sumergirse en el trabajo.)*

ALTAVOZ.—Quedan solo diecisiete minutos para los impresos G. T. O. setenta y seis a cuatrocientos nueve. Solo diecisiete minutos para los impresos G. T. O. setenta y seis a cuatrocientos nueve.

VIEJO 1.º—*(Desatinado.)* ¿Han dicho del setenta y seis al cuatrocientos nueve?

JOHNSON.—Sí.

VIEJO 1.º—El mío es G. T. O. tres veinticinco. Eso significa que solo me quedan diecisiete minutos.

ALTAVOZ.—*(Admonitorio.)* Dieciséis minutos y medio *(El* VIEJO *trabaja furiosamente)* ¡Robert Johnson!

JOHNSON.—*(Sobresaltado, poniéndose en pie.)* ¿Sí? *(Mira al altavoz como esperando una respuesta, pero lo que ocurre es que un* FUNCIONARIO, *no uno de los jovenzuelos que ya vimos, sino un tipo envarado, de mediana edad y aspecto autoritario, entra y va derecho hacia el* VIEJO 2.º, *también sepultado en su mamotreto y sus impresos.* JOHNSON, *viendo al funcionario dice.)* Oiga..., mire...

FUNCIONARIO.—*(Con firmeza.)* Un momento, por favor. *(Al* VIEJO 2.º) ¿Ha terminado su instancia?

VIEJO 2.º—*(Desesperado.)* Casi, casi. Es un minuto, solo un minuto. Dése cuenta de que ya no soy tan joven. La vista me falla. *(Trata de retener el impreso, pero el* FUNCIONARIO *se lo toma con firmeza y lo examina, despectivo.)*

FUNCIONARIO.—Será mejor que me acompañe. *(El* VIEJO *se levanta con tristeza.)*

ALTAVOZ.—*(Severo.)* Devuelvan todos los libros de consulta a la biblioteca. *(El* VIEJO 2.º *coge su tomo y sale siguiendo al* FUNCIONARIO. JOHNSON *lo observa todo con creciente decaimiento. El* VIEJO 1.º, *que ha estado afanándose con su impreso y su enorme libro, se muestra de pronto triunfante.)*

VIEJO 1.º—Lo conseguí. Al fin lo tengo. *(Pero uno de los empleados jóvenes, repitiendo la frase sobre devolución de los libros de consulta a la biblioteca, entra precipitadamente para coger el libro del* VIEJO 1.º, *quien deja caer su impreso y pluma y hunde la cabeza entre las manos en completa desesperación.)*

JOHNSON.—*(Afectado.)* ¿Puedo hacer algo por usted?

VIEJO 1.º—*(Mirándole, cínicamente.)* ¡Sí! ¡Y después pedirme parte de mi dinero! ¡Ni hablar de eso! No crea que va a hacerme picar.

JOHNSON.—*(Indignado.)* No trataba de hacerle picar. Y no necesito su dinero.

VIEJO 1.º—Eso es lo que ahora dice. ¿Pretende convencerme de que no iba a exigirme después un veinticinco por ciento de interés? ¡No, claro que no! Amigo mío, soy un hombre de negocios y aprendí a cuidar de mí mismo antes de que usted naciese.

JOHNSON.—*(Empezando a sentirse escéptico.)* Lo dudo.

ALTAVOZ.—Los impresos G. T. O. trescientos a trescientos cincuenta, estén o no cumplimentados, devuélvanse al Departamento cuarenta y nueve.

VIEJO 1.º—*(Con desesperación.)* ¡No quiero ir, no quiero ir! *(Pero entra el* FUNCIONARIO, *trayendo un largo impreso, y mira torvamente al viejo.)*

FUNCIONARIO.—*(Con firmeza.)* Departamento cuarenta y nueve.

VIEJO 1.º—No. Ya van ciento diecisiete veces.

FUNCIONARIO.—Al Departamento cuarenta y nueve inmediatamente, haga el favor. *(El* VIEJO *sale penosamente y el* FUNCIONARIO *se dispone a seguirle cuando es detenido por* JOHNSON, *que va perdiendo la paciencia.)*

JOHNSON.—Oiga..., por favor...

FUNCIONARIO.—*(Bruscamente, consultando el impreso.)* ¿Robert Johnson?

JOHNSON.—Sí, ese es mi nombre.

FUNCIONARIO.—*(Leyendo los datos del impreso.)* Edad, cincuenta. Casado y con dos hijos, chico y chica. Gerente de Bolt, Cross y Clayton, Comercio Angloindio.

JOHNSON.—Sí. Pero...

FUNCIONARIO.—*(Interrumpiéndole.)* Aquí está su impreso *(Le entrega el impreso y se va; pero a* JOHNSON *no le basta, y le detiene cerca de una de las grandes puertas.)*

JOHNSON.—*(Con la poca paciencia que aún le queda.)* Por favor, solo un momento.

FUNCIONARIO.—*(Desabrido.)* Estamos muy ocupados, ¿sabe? Muy ocupados. ¡Escuche! *(Abre la cercana puerta y oímos la barahúnda de una gran oficina: máquinas de escribir, calculadoras, timbres, etc. Pero* JOHNSON *ha perdido realmente la calma.)*

JOHNSON.—*(Gritando enfurecido.)* ¡No me importa lo ocupados que estén! ¡Necesito saber algo!

FUNCIONARIO.—*(Ahora muy cortés.)* Desde luego, míster Johnson. ¿De qué se trata?

JOHNSON.—Quiero saber dónde estoy. ¿Qué es esto?

FUNCIONARIO.—Las oficinas centrales de la Sociedad Financiera de Seguros Universales y Créditos Mundiales, donde consigue su dinero.

JOHNSON.—*(Recordando.)* ¡Ah!, sí, claro; mi dinero.

FUNCIONARIO.—*(Sonriendo.)* Todos debemos tener dinero, ¿no le parece? No podemos arreglárnoslas sin él.

JOHSON.—*(Confusamente.)* No, claro que no. Pero lo malo es que... Bueno, no...; debo haber perdido la memoria. He estado enfermo... Me encontraba en cama... Sí; en una clínica... Entraban frecuentemente los médicos. Había dos enfermeras... Todos parecían apurados... Debo haberme extraviado no sé cómo.

FUNCIONARIO.—*(Como a un niño.)* Sin duda. Bueno, solo tiene que llenar su impreso en debida forma y en seguida le daremos su

dinero. No puede salir de aquí hasta que lo tenga, de modo que tendrá que quedarse hasta que haya llenado su impreso en debida forma.

JOHNSON.—*(Sin verlo del todo claro.)* Sí... Bueno... La cosa es razonable. He llenado muchos impresos en mi vida... De todas clases... *(Mira el enorme papel que tiene en la mano.)* Este es bastante complicado, ¿verdad? Preguntas difíciles. ¿Es necesario todo esto?

FUNCIONARIO.—Desde luego. Debe concentrarse, míster Johnson. Concentrarse.

JOHNSON.—Lo haré lo mejor que pueda.

FUNCIONARIO.—Y nuestros examinadores llegarán dentro de un momento.

JOHNSON.—*(A quien esto no le suena bien.)* ¿Qué examinadores?

FUNCIONARIO.—Es para los preliminares de costumbre. Entre tanto, míster Johnson, le aconsejo que estudie detenidamente su impreso. *(Sale.* JOHNSON *va despacio hasta el sillón que hay detrás de la mesa, se sienta y contempla aturdido las páginas de complicadas preguntas. Mientras las examina, saca la pipa y se la pone en la boca. Inmediatamente, por el altavoz dicen con severidad: «Prohibido fumar en la oficina antes de las cinco y quince.» Tras una mirada sobresaltada al altavoz,* JOHNSON *retira la pipa. Trata de concentrarse en el impreso, pero las luces cambian, entra precipitadamente el «ballet» de empleados y secretarias, haciendo extrañas sombras, y volvemos a oír su música nerviosa y estridente. Cuando salen y tornan a caer sobre la mesa las brillantes luces blancas, descubrimos que los dos* EXAMINADORES *han llegado y están de pie uno a cada lado de* JOHNSON, *que sigue sentado. Son ambos exactamente iguales, personajes altos y recortados, vestidos de levita, calvos, rasurados, carillenos, rosáceos y con amplias gafas. Llevan cuadernos de notas.* JOHNSON *los contempla con asombro teñido de horror, y no sin motivos.)*

EXAMINADOR 1.º—*(Presentándose.)* Examinador primero.

EXAMINADOR 2.º—*(Id.)* Examinador segundo.

EXAMINADOR 1.º—¿Robert Johnson?

JOHNSON.—Sí.

EXAMINADOR 2.º—*(Consultando sus notas.)* ¿Nacido en la calle Grantham, de Longfield?

JOHNSON.—Sí.

EXAMINADOR 1.º—*(Leyendo.)* ¿Primer hijo de Frederick Johnson, pasante de procurador, que durante más de diez años sacrificó sus comodidades y placeres personales para darle una buena educación?

JOHNSON.—*(Titubeante.)* Sí, creo que lo hizo. Era... un buen padre.

EXAMINADOR 2.º—¿Le dio al menos las gracias por esos sacrificios?

JOHNSON.—*(Algo avergonzado.)* No. Y debí haberlo hecho.

EXAMINADOR 2.º—*(Consultando sus notas.)* Su madre, Edith Johnson, murió, de peritonitis, relativamente joven. Le advirtieron de que era necesaria la operación, pero se negó a hacérsela a su debido tiempo porque le asustaban los gastos y molestias que iba a causar a su marido y a sus hijos. Usted lo sabía, naturalmente.

JOHNSON.—*(Profundamente turbado.)* No..., no lo supe. A veces... lo sospeché; pero nada más.

EXAMINADOR 1.º—*(Mirando su agenda, implacable.)* Y, sin embargo, según veo, usted se ha referido a veces a sí mismo como un buen hijo.

JOHNSON.—*(En pleno desasosiego.)* Solo quería decir..., bueno... todos parecíamos muy unidos, ¿sabe? No como otras familias. Eran muy buenos para mí. Siempre lo he dicho. *(Dubitativo.)* En realidad, he estado pensando en todo esto... últimamente. Recuerdo que, a poco de caer enfermo...

EXAMINADOR 2.º—*(Bruscamente.)* Luego usted cayó enfermo.

JOHNSON.—*(Animándose, porque todos estamos orgullosos de nuestras enfermedades.)* Sí; fue algo inesperado, la cosa más extraordinaria, pero...

EXAMINADOR 1.º—*(Interrumpiéndole, despiadado.)* ¿Ha ocupado usted un cargo de responsabilidad durante algún tiempo?

JOHNSON.—*(Aturdido y huraño.)* Sí, creo que sí.

EXAMINADOR 2.º—*(Con severidad.)* ¿Está usted casado... y es padre?

JOHNSON.—Sí.

EXAMINADOR 1.º—*(Severo.)* ¿Y se ha preocupado de su salud?

JOHNSON.—*(Disculpándose.)* Bueno, siempre he procurado...

EXAMINADOR 1.º—*(Ignorándole.)* El corazón, los pulmones, el hígado y los riñones, el aparato digestivo, el tracto intestinal...

EXAMINADOR 2.º—La pared abdominal ha de estar firme, no colgante.

EXAMINADOR 1.º—*(Sentándose en la mesa frente a* JOHNSON.) Los dientes necesitan el mayor cuidado. Las partículas de alimentos en descomposición alojadas en las cavidades dentarias pueden producir un estado séptico.

EXAMINADOR 2.º—*(Sentándose también.)* La fatiga visual es muy común entre los trabajadores sedentarios: ¿con qué frecuencia se ha hecho un lavado bórico o ha ido a que le examinen la vista?

EXAMINADOR 1.º—El alcohol y los alimentos ricos en féculas deben evitarse. ¿Los ha evitado usted?

EXAMINADOR 2.º—El fumar conduce al envenenamiento nicotínico y puede fácilmente perturbar la digestión.

EXAMINADOR 1.º—Adondequiera que vaya, corre el riesgo de una infección.

EXAMINADOR 2.º—Pero el resfriado común, principio de muchos serios males, puede ser atribuido a la falta de aire libre.

EXAMINADOR 1.º—Pocos de nosotros se molestan en caminar de un modo adecuado.

EXAMINADOR 2.º—O en sentarse correctamente. Debe sentarse siempre en posición erguida, sin permitir que la columna vertebral se curve. Aprenda a sentarse adecuadamente. *(El infeliz* JOHNSON, *que ha estado profundamente hundido en su sillón, se apresura a colocarse en posición más airosa; aunque de poco le sirve.)*

EXAMINADOR 1.º—Pero tenga cuidado de relajarse. La tensión nerviosa de la vida moderna exige una constante y completa relajación. Suelte esos músculos.

JOHNSON.—*(Hundiéndose de nuevo, pero al fin dispuesto a protestar.)* Eh, escuche... Un momento...

EXAMINADOR 2.º—*(Con gran severidad, levantándose.)* Por favor. No podemos perder el tiempo. *(Los dos monstruos toman rápidas y despreciativas notas en sus cuadrenos, mientras* JOHNSON *les contempla en el desamparo.)*

EXAMINADOR 1.º—Tiene obligación para consigo mismo, para con su esposa y familia, para con su jefe y compañeros de trabajo, para con su país, de hacer suficiente ejercicio.

JOHNSON.—*(Que equivocadamente se cree en terreno más seguro.)* Siempre me ha gustado mucho el ejercicio... Tenis, golf...

EXAMINADOR 2.º—*(Con gran severidad.)* Son demasiados los hombres maduros, trabajadores sedentarios, que se imaginan poder mejorar su estado físico lanzándose al deporte en los fines de semana, con lo que solo consiguen fatigar el corazón.

JOHNSON.—*(Desesperado.)* He tratado de practicarlo con moderación; y todas las mañanas, si no era muy tarde, hacía algunos ejercicios en mi cuarto...

EXAMINADOR 1.º—*(Con la misma severidad.)* Casi todos los sistemas de ejercicios caseros, imaginados por forzudos profesionales sin conocimientos fisiológicos, suelen hacer mayor mal que bien.

EXAMINADOR 2.º—Consulte primero a su médico. El puede aconsejarle.

EXAMINADOR 1.º—Pero la costumbre de ir corriendo al médico por cualquier tontería es peligrosa y debe evitarse.

JOHNSON.—*(Hundiéndose rápidamente.)* Miren, caballeros: solo puedo decirles... que he tratado de hacer cuanto podía.

EXAMINADOR 2.º—*(Acercándosele, en tono suave y helado.)* Es posible ¿Pero era eso bastante?

EXAMINADOR 1.º—*(Con la misma horrible técnica.)* Al fin y al cabo, ¿qué sabe usted?

EXAMINADOR 2.º—*(Volviendo a la severidad.)* ¿En qué medida ha tratado de estar al día en los avances de la técnica, la física, la biología, la geología, la astronomía, las matemáticas?

EXAMINADOR 1.º—Pregúntese a sí mismo qué sabe sobre las le-

yes de Mendel, la teoría cuántica, el análisis espectral o el comportamiento de electrones y neutrones.

EXAMINADOR 2.º—¿Puede explicar la teoría freudiana del Id., la plusvalía de Marx, el neorrealismo, el arte no figurativo, la música dodecafónica...?

EXAMINADOR 1.º—¿O... dar una versión exacta de la serie de acontecimientos que condujeron al estallido de la guerra de mil novecientos catorce?

EXAMINADOR 2.º—*(Con peligrosa desenvoltura.)* ¿Le enseñaron francés en el colegio?

JOHNSON.—Sí.

EXAMINADOR 2.º—*(Revolviéndose como un tigre.)* ¿Y lo ha perfeccionado alguna vez?

JOHNSON.—*(Desesperado.)* No, pero siempre he intentado hacerlo ¡Maldita sea! Un hombre no tiene tiempo para todo.

EXAMINADOR 1.º—*(Calmoso y enloquecedor.)* Un cartero de Londres aprendió solo, en sus ratos libres, a hablar correctamente ocho idiomas.

EXAMINADOR 2.º—*(En el mismo tono.)* Un operador de cine de Pasadena, California, se graduó recientemente en ciencias naturales con premio extraordinario.

JOHNSON.—*(Con fatiga casi espasmódica.)* Lo sé, lo sé. Les deseo mucha suerte. Pero, como les decía...

EXAMINADOR 1.º—*(Muy severo.)* Por favor, díganos solo lo que le pidamos que nos diga. No tenemos ahora tiempo para conversaciones de tipo general. Usted tiene dos hijos...

JOHNSON.—*(Animándose, porque esto puede darle una salida.)* Sí, chico y chica.

EXAMINADOR 2.º—¿Los quiere usted?

JOHNSON.—*(Indignado.)* ¡Naturalmente!

EXAMINADOR 1.º—¿Se ha ocupado alguna vez seriamente de su educación, de su desarrollo mental, de su vida emocional y espiritual?

EXAMINADOR 2.º—Son los ciudadanos del futuro, los herederos de un gran imperio...

JOHNSON.—Sí, sí. A menudo he pensado en ello.

EXAMINADOR 2.º—*(Presionándole.)* ¿Ha pensado en ello realmente o se ha limitado, tras una comida innecesariamente fuerte y bien regada, a congratularse de hallar en esos hijos una extensión de su propio yo?

EXAMINADOR 1.º—Usted ayudó a traerlos al mundo, pero ¿a qué clase de mundo los ha traído?

JOHNSON.—*(Apresurado, esperando hallarse ahora en terreno más firme.)* Bueno..., no me hago ilusiones sobre ello.

EXAMINADOR 2.º—*(Enfadado.)* No le preguntamos por sus ilusiones. Hace muchos años que tiene usted derecho al voto...

JOHNSON.—*(Todavía esperanzado.)* Sí, y lo he utilizado siempre. No como algunos...

EXAMINADOR 1.º—Pero ¿cuánto tiempo y cuánta seria atención ha dedicado a los problemas que debe estudiar todo miembro sensato del electorado?

EXAMINADOR 2.º—Por ejemplo, el patrón oro frente a la divisa artificial basada en la balanza de pagos; la relación entre nacionalismo y aranceles; la falacia de la explotación colonial...

EXAMINADOR 1.º—¿Qué explicación válida puede dar de la significación política de las minorías en la Europa Central, de la importancia de Ucrania en los asuntos europeos, del éxito o fracaso del segundo plan quinquenal de Stalin?

EXAMINADOR 2.º—¿Podría definir con precisión el fascismo?

EXAMINADOR 1.º—¿Y el nacionalsocialismo?

EXAMINADOR 2.º—¿Y el comunismo ruso?

JOHNSON.—*(Rebelde al fin, levantándose de un salto.)* No. ¿Podrían ustedes? *(Mientras ellos toman notas, en vez de responder.)* Lo que puedo decirles es que ya estoy harto. Además, ¿quiénes son ustedes? *(Tampoco le responden, pero se miran significativamente.)* Ni siquiera sé por qué estoy en este lugar. Pérdida de memoria, o algo parecido. No hay ninguna razón para que continúe aquí.

EXAMINADOR 1.º—*(Ignorando este arrebato.)* Su impreso, por favor. *(Toma el impreso, traza en él unos signos apresurados y se lo devuelve.)*

JOHNSON.—*(Furioso.)* No lo quiero. *(JOHNSON arroja el impreso sobre la mesa y se sienta, enfurruñado. Los dos* EXAMINADORES *miran el impreso, le miran a él, se hacen mutuamente una reverencia y salen por una de las grandes puertas.* JOHNSON *dice.)* Sepan que no me quedaré. ¿Por qué voy a quedarme? No necesitaba venir aquí. Guárdensen su dinero. *(Pero los* EXAMINADORES *se han marchado.* JOHNSON *se hunde en su sillón tras de la mesa, rebelde y ceñudo. Las fuertes luces blancas disminuyen, y otra misteriosa y fantasmal se cierne sobre una puertecilla que no está realmente en la oficina, sino mucho más cerca de nosotros, en el falso proscenio, que tiene otra igual al otro lado. Después, a través de aquella, bajo la extraña luz, entran el* FUNCIONARIO *que antes vimos y una infeliz mujer muy pobremente vestida. Al pronto no nos damos cuenta de que es* JILL JOHNSON.)

FUNCIONARIO.—*(Señalando a* JOHNSON.) ¿Es este?

JILL.—*(Que ahora habla con un plañido colérico.)* Sí, ese es mi marido.

JOHNSON.—*(Asombrado.)* ¡Pero... Jill!

JILL.—*(Ignorándole.)* Sí, es él. Mírelo... ¡Mano sobre mano! Y mírenos, a su mujer y sus hijos... Sin hogar... Sin nada que llevarnos a la boca. ¿Y por qué? Porque mi marido no es lo bastante hombre para hacer una jornada de trabajo decente.

JOHNSON.—*(Protestando.)* Pero Jill... Yo...

JILL.—*(Chillando, hecha un virago.)* No me «jillees» ahora, Robert Johnson. ¡Ojalá no te hubiese echado nunca la vista encima!

¡Y ojalá estos pobres hijos míos no hubiesen visto nunca la luz del mundo! *(Llora, y a medida que su voz se extingue, también ella parece fundirse hasta desaparecer. Pero el* FUNCIONARIO *se queda, mirándole acusadoramente.)*

FUNCIONARIO.—*(Torturante.)* ¿De modo que esa es la clase de hombre que es usted, Johnson?

JOHNSON.—*(Entre aturdido y furioso.)* No, no es verdad. Yo no soy así. *(Desinflándose.)* Escucha, Jill... *(Pero* JILL *desapareció hace unos momentos, y ahora el* FUNCIONARIO *se ha ido y la luz ha cambiado.* JOHNSON *vuelve despacio y abatido a su asiento tras de la mesa.)*

ALTAVOZ.—Todos los impresos de solicitud han de hallarse cumplimentados dentro de quince minutos. Quedan solo quince minutos. *(Pero antes que* JOHNSON *pueda dedicarse debidamente a la tarea de llenar l impreso, vuelve el exasperante «ballet» de empleados y secretarias, ocultándonos a* JOHNSON *y arrojando sombras gigantescas sobre la pared del fondo. Cuando se van y vuelve a lucir la cruda luz blanca, descubrimos que de pie junto a* JOHNSON *está su maestro más odiado, el mismísimo hombre con su guardapolvos manchado de tiza y, por venir de un pasado de hace casi cuarenta años, con un aire bastante anticuado. Tan pronto como* JOHNSON *alza los ojos, sobresaltado, y descubre su odiada figura, se convierte en un colegial huraño.)*

MAESTRO.—*(Del género sarcástico.)* No le sorprenderá demasiado saber que no estoy contento con usted.

JOHNSON.—*(Levantando la mano como un colegial.)* Le aseguro que no es culpa mía. Verá...

MAESTRO.—Por favor, Johnson, nada de excusas. Oigo demasiadas, llevo oyéndolas treinta y cinco años, y las suyas son de las peores. Ahora, Johnson, si no le molesta, porque sé con cuánta facilidad se incomoda, ¿puedo preguntarle, como un favor especial, si recuerda cierta máxima que suelo repetir?

JOHNSON.—*(Que la aborrece.)* «La atención al trabajo es el secreto del progreso.»

MAESTRO.—Perfectamente. La atención al trabajo es el secreto del progreso. Pero lo malo, Johnson, es que usted no presta atención a su trabajo. Lleva unos días en que nada parece importarle. Míster Morrison me dice que va a quitarle del equipo porque ni siquiera puede atender al juego. ¿No será que sale al campo pensando en los deberes que tiene sin hacer?

JOHNSON.—*(Que encuentra aprovechable la idea.)* Sí, míster; algo hay de eso...

MAESTRO.—Le he dicho que nada de excusas, Johnson. Y ahora, para estar seguro de que, al menos, presta atención a alguna cosa, se pasará el resto de la tarde haciendo un ejercicio de redacción sobre las causas de la guerra de los Treinta Años.

JOHNSON.—Pero..., míster...

MAESTRO.—*(Con firmeza.)* Las causas de la guerra de los Trein-

ta Años. Muchas gracias, Johnson. *(Sale majestuosamente.* JOHNSON, *todavía en colegial, le sigue con la mirada y hace una mueca y un ruido significativo. Le oímos murmurar: «¡Viejo loco! La guerra de los Treinta Años... Bah...» Pero al mirar a la mesa que tiene frente a sí, se siente al pronto confundido, y después aliviado, recordando que ya no es un colegial. No, claro que no lo es; pero ¿y entonces? ¿Qué es ahora? Podemos advertir cómo se plantea estas cuestiones, todavía aturdido.)*

ALTAVOZ.—Todos los solicitantes que tengan sus impresos incompletos deben apresurarse. Quedan pocos minutos. *(Mientras* JOHNSON *trata de enfrascarse otra vez en su impreso, entran a toda prisa dos típicos vendedores de periódicos y, uno a cada lado de la mesa, empiezan a pregonar en su característico estilo.)*

VENDEDOR 1.º—Lean la gran catástrofe.

VENDEDOR 2.º—Ultimas noticias del horrible crimen.

VENDEDOR 1.º—La crisis.

VENDEDOR 2.º—La caída de Pekín, Barcelona, Madrid...

VENDEDOR 1.º—El fin de Roma, Viena, Berlín, París...

VENDEDOR 2.º—El incendio de Londres.

VENDEDOR 1.º—La Gran Peste.

VENDEDOR 2.º—El fin del mundo. *(Hasta los últimos gritos,* JOHNSON *se ha resistido; pero ahora se acerca, con aire de ansiedad, llevándose la mano al bolsillo en busca de monedas.)*

JOHNSON.—Eh, a ver eso.

VENDEDOR 1.º—*(Confidencial.)* Los ganadores para esta tarde.

VENDEDOR 2.º—*(Esperanzado.)* Duque picado por una avispa.

JOHNSON.—*(Con fastidio.)* Largo de aquí. Dejadme en paz. *(Salen de prisa.* JOHNSON *vuelve a la mesa y se pone a llenar el impreso; pero empieza la música, y un solitario bailarín-empleado viene a trenzar sus pasos precisamente frente al sitio de* JOHNSON, *quien se levanta furioso gritando.)* Por amor de Dios, estése quieto. Salga... y no vuelva. *(Avanza amenazador hacia el* EMPLEADO, *que sale precipitadamente por una de las grandes puertas. Se hace normal la luz deslumbradora que caía sobre la mesa, y* MÍSTER CLAYTON *llega a grandes zancadas por una de las puertecillas del proscenio. Es lo menos veinticinco años más joven que cuando le vimos en el vestíbulo de la casa de* JOHNSON, *y, naturalmente, va vestido como un próspero financiero de preguerra. Está furioso.)*

CLAYTON.—¡Johnson!

JOHNSON.—*(Girando en redondo, sorprendido.)* ¡Caramba, míster Clayton...!

CLAYTON.—*(Colérico.)* Jovenzuelo estúpido: se le dijo claramente que enviase todas las facturas con fecha treinta.

JOHNSON.—*(Que vuelve a ser un encogido meritorio.)* No..., no míster, no me dijeron...

CLAYTON.—Se le dijo. Yo mismo se lo advertí hace una semana: Todas las facturas con fecha treinta. Ahora tendremos que

enviar una carta de disculpa a cada cliente. Ya puede empezar a escribirlas y quedarse hasta que termine. Si hubiese pensado algo más en su trabajo y menos en el Alhambra o el Oval, no tendríamos que lamentar esos estúpidos errores. Y si vuelve a ocurrir, Johnson, será mejor que vaya a divertirse a otra oficina.

JOHNSON.—*(Muy compungido.)* Le aseguro, míster Clayton, que no fue culpa mía.

CLAYTON.—*(Mientras sale dando un portazo.)* ¡Morralla! (JOHNSON *se ha acercado a la puerta siguiendo a* CLAYTON. *Y ahora la contempla confuso y deprimido. Entre tanto, por la puertecilla gemela entra rápida y silenciosamente* MISTRESS GREGG, *que va a sentarse frente a la mesa. Tiene ahora unos cuarenta y cinco años y va vestida a la moda de hace veinticinco. Trae su costura.)*

MISTRESS GREGG.—*(Tranquila, pero firme.)* Será mejor que vengas, Robert, y que hablemos.

JOHNSON.—*(Volviéndose sorprendido.)* ¡Mistress Gregg! *(Se acerca, nervioso.)* ¿Le ha dicho Jill...?

MISTRESS GREGG.—Me lo ha dicho. Y creo que hubiera sido mucho mejor que hubieses hablado antes conmigo. No olvides que estoy en una situación muy difícil, porque he de hacer a la vez de padre y de madre de Jill.

JOHNSON.—*(Sentándose junto a ella, con desmayo.)* Lo siento, mistress Gregg. No sabía qué hacer...

MISTRESS GREGG.—Naturalmente, Jill cree que todo esto es maravilloso. La pobre es muy joven y le falta experiencia.

JOHNSON.—*(Vivamente, en joven enamorado.)* Estoy seguro de que la haré feliz.

MISTRESS GREGG.—*(Formulista.)* Nunca hemos sido ricos, pero antes de morir mi marido estábamos bastante bien, y supongo que comprenderás que Jill está acostumbrada a mucho más de lo que seguramente podrás darle durante bastante tiempo. No tengo nada que oponerte, Robert, aunque francamente esperaba que Jill cuidase mejor de sí misma. ¿Qué puedes tú ofrecerla?

JOHNSON.—*(Desolado, porque ¿qué puede ofrecerle?)* Sí, ya sé que no soy un gran partido...

MISTRESS GREGG.—*(Cerrando los ojos, con afectación.)* No es necesario ser vulgar, Robert.

JOHNSON.—Lo siento. Pero... realmente... no creo que mis perspectivas sean tan malas.

MISTRESS GREGG.—*(Recogiendo su labor.)* Si vienes el domingo a tomar el té, estará presente el tío de Jill, mi hermano, que es procurador y entiende de negocios. Quizá entonces no te importe responder a unas cuantas preguntas y decirle exactamente cuáles crees que son tus perspectivas. De modo, Robert, que el domingo a las cuatro. *(Y sale, dejando a* JOHNSON *mirándola desolado, porque al parecer conoce a aquel tío, y le oímos murmurar: «¡Señor...!, él no podrá comprenderlo... Ese maldito viejo. Me hace sentirme un insecto. Bonito domingo vamos a pasar. ¡Perspectivas!» Se*

sienta, todavía en joven enamorado, quizá para redactar algunas notas sobre sus perspectivas; pero ve frente a sí el impreso, acaba por reconocerlo, y los veinticinco años transcurridos desde que tuvo esa pequeña charla con MISTRESS GREGG *se desvanecen como un relámpago.)*

ALTAVOZ.—Todos los solicitantes deben completar sus formularios respondiendo a la pregunta que en este momento consideran.

JOHNSON.—*(Leyendo su impreso.)* Si ha prestado a su hermano diez libras cuando tenía veinte años, y ahora le obliga a devolverle ese préstamo con intereses compuestos al quince por ciento, ¿cuánto habrá de pagarle? *(Tras una pausa)* Esto no debe ser difícil. *(Nueva pausa.)* Pero, ¿por qué he de resolverlo? Yo no exigiría a mi hermano interés compuesto ni de ninguna otra clase. ¿Para qué esta pregunta? ¿Y cómo sabían que tenía un hermano? Acaso se refieran a otras personas. En la iglesia dicen que todos somos hermanos. La cosa es peliaguda... *(Y ahora oye—y nosotros también—una especie de música que por primera vez se escucha aquí, pero que oiremos más tarde, cuando nos trasladamos a la posada.* JOHNSON *presta atención y después habla lentamente, como si las palabras proviniesen de un yo más íntimo y profundo.)* Esa música no es de este lugar. Pero, entonces, tampoco yo lo soy. ¿Y quién lo es? He vivido en el mundo de esa música, pero muy poco tiempo... Sí, muy poco. Aunque no por mi culpa. Ese otro mundo viene y se va rápidamente; brilla y al punto se oscurece, como luz del crepúsculo en lejanas colinas .. *(Continúa la música, aguda y monótona, y ahora se le agrega una voz de muchacha. El escucha un momento antes de hablar.)* Pero quizá sea eso lo real..., ese lugar fuera del mundo, y este solo un sueño. He tenido sueños así, en los que al principio todo parecía sólido como la roca..., aunque ahora nos dicen que las rocas no son sólidas, solo formas cambiantes... Pero después todo se fundía, los muros de piedra como los barrotes de hierro... *(Recordando algo.)* Muros de piedra..., barrote de hierro... *(Alza los ojos y ve cómo se aproxima un joven pálido y con aspecto de infeliz, vestido de presidiario, seguido por un fornido policía. Avanzan lentamente y hacen alto frente a* JOHNSON, *que se levanta precipitadamente y se recobra al reconocer al preso diciendo.)* ¡Pero... Charlie!

PRESIDIARIO.—*(Con voz sorda.)* Sí, Johnson, soy yo.

JOHNSON.—*(Estupefacto y apurado.)* Dijeron... que habías muerto allí..., en la cárcel.

PRESIDIARIO.—A decir verdad, morí aquella tarde, en el banquillo, ¿recuerdas? Sí, fue entonces cuando realmente dejé de vivir.

JOHNSON.—Lo siento, Charlie. No sabes cuánto lo he sentido, cuánto he pensado en ello...

PRESIDIARIO.—*(Con lastimero escarnio.)* ¡Pensado en ello!

JOHUSON.—*(Angustiado.)* Pero ¿qué íbamos a hacer, Charlie, qué íbamos a hacer? Tuvimos que cantar. No queríamos perjudicarte, Charlie. Y después hicimos cuanto podíamos.

PRESIDIARIO.—¿Y cuánto pudisteis?

JOHNSON.—Ya sé que no fue mucho. No nos dejaban mandarte nada, pero escotamos entre unos cuantos para dar algo a la chica.

PRESIDIARIO.—*(Gritando furioso.)* ¡Dar algo a la chica! Era yo lo único que ella quería, ¿y adónde me mandasteis?

POLICÍA.—*(Bruscamente.)* Vamos, tú; basta de charla. *(El* PRESIDIARIO, *sin volver a mirar a* JOHNSON, *reanuda la marcha, mientras el* POLICÍA, *tras seguirle unos pasos, se detiene de pronto, se vuelve y dice con dureza.)* Y usted, ándese con cuidado.

JOHNSON.—*(Balbuciente.)* ¿Qué..., qué quiere decir?

POLICÍA.—*(Con severidad.)* Quiero decir que se ande con cuidado, nada más. No crea que no le vigilamos.

JOHNSON.—*(Protestando, aunque a la vez sintiéndose culpable.)* Pero yo no he hecho nada...

POLICÍA.—*(Agresivo.)* ¿No? Vamos a verlo. *(Saca una libreta y adopta aires de interrogador policíaco.)* ¿No fue usted quien... el uno del cinco de mil novecientos seis... cogió dos chelines en sellos de la caja de su oficina?

JOHNSON.—*(Angustiado.)* Pues... sí, yo fui.

POLICÍA.—*(Significativamente.)* ¡Ah!

JOHNSON.—*(Presuroso.)* Pero era muy joven... Fue una tentación repentina. Estaba apurado, necesitaba comprar algo en seguida..., y al día siguiente volví a dejar los dos chelines. Yo...

POLICÍA.—*(Como antes.)* ¿No hizo usted..., en varias ocasiones..., declaraciones de impuestos que le constaba eran falsas?

JOHNSON.—*(Tratando de interrumpirle.)* Yo sólo...

POLICÍA.—*(Atajándole.)* ¿No fue usted quien, al recibir un gran pedido de Singapur, para el que habían dado por error un precio más alto, y cuando estaba a punto de cablegrafiar a su cliente el precio auténtico, aceptó ese pedido y anuló el cable?

JOHNSON.—Sí; pero lo hacía por la empresa.

POLICÍA.—¿No fue usted quien, el tres del once del treinta y uno, ocultó deliberadamente uno de los libros de la empresa, para sustraerlo a los contables durante un par de días?

JOHNSON.—*(Con desesperación.)* Se trataba de una dificultad pasajera, y yo...

POLICÍA.—*(Interrumpiéndole, severo.)* ¡Atrévase a decirme que nunca rompió un plato! Me parece que cualquier día va a meterse en un lío serio. No crea que no le vigilamos. Andese con cuidado; nada más. Solo le digo... que se ande con cuidado. *(Le lanza una última y severa mirada y sale.* JOHNSON *se desploma en el canapé frente a la mesa y contempla el impreso, todavía en su poder.)*

JOHNSON.—*(Leyendo.)* En víspera de la ruptura de hostilidades, ustedes compraron todo los «stocks» de yodo disponibles. Podían proporcionárselo a los almacenistas con aumento de precio

o ir al departamento de recursos sanitarios y fijar el precio deseado. ¿Qué hubiera sido más prudente? *(Releyendo, espantado.)* ¿Prudente? *(Las luces cambian, y empleados y secretarias revolotean alrededor mientras* JOHNSON *permanece inmóvil, silencioso y deprimido. Cuando se marchan y retornan las luces brillantes, vemos que los* DOS EXAMINADORES *están de pie a su lado.)*

EXAMINADOR 1.º—*(Anunciándose.)* Examinador primero.

EXAMINADOR 2.º—*(Id.)* Examinador segundo.

EXAMINADOR 1.º—Por favor, su impreso.

EXAMINADOR 2.º—*(Examinándolo.)* ¡Lamentable!

EXAMINADOR 1.º—¡Ridículo!

EXAMINADOR 2.º—Apenas lo ha intentado.

EXAMINADOR 1.º—*(Arrugando el impreso.)* Nos es imposible aceptar esto.

EXAMINADOR 2.º—Por esta vez, se quedará sin su dinero. *(Los* EXAMINADORES *se alejan, y después se vuelven.)*

EXAMINADOR 1.º—Tendrá que intentarlo de nuevo mañana. Siga probando.

EXMINADOR 2.º—Pruebe, pruebe sin desmayar.

JOHNSON.—*(Enfurruñado.)* Ni volveré a intentarlo ni vendré aquí mañana.

EXAMINADOR 1.º—*(Riéndose.)* No, no vendrá porque seguirá aquí.

JOHNSON.—*(Desafiante.)* No seguiré.

EXAMINADOR 2.º—*(Riéndose.)* Se olvida de que sin dinero no puede salir de aquí.

EXAMINADOR 1.º—No necesita pagar para salir, pero ha de tener dinero.

EXAMINADOR 2.º—Y no lo tiene. Si lo tuviese, no estaría aquí. (JOHNSON *se desploma desesperado en el canapé. Los dos* EXAMINADORES *van juntos hasta cerca de la puerta, y cuando se vuelven de nuevo hay en su torno horribles ecos del* MAESTRO, *de* CLAYTON *y de* MISTRESS GREGG.)

EXAMINADOR 1.º—Vuelva a probar mañana, Johnson. Siga intentándolo.

EXAMINADOR 2.º—Recuerde, Johnson: La atención al trabajo es el secreto del progreso.

EXAMINADOR 1.º—Piense más en su trabajo, Johnson.

EXAMINADOR 2.º—Pregúntese cuáles son realmente sus perspectivas.

EXAMINADOR 1.º—*(Con un desagradable chillido, sobre la música.)* Buenos días.

EXAMINADOR 2.º—*(Del mismo modo.)* Buenos días. *(Salen juntos, y las brillantes luces empiezan a extinguirse.* JOHNSON *sigue hundido en el canapé. La música, antes animada y estridente, es ahora una especie de entrecortada y monótona marcha en tono menor. Las luces disminuyen aún más.)*

ALTAVOZ.—Todo a los crematorios. Todo a los crematorios. *(Llegan los empleados con papeleras rebosantes, de las que caen algunos papeles, y van lentamente hacia el foro, donde se levanta una*

cortina dejando ver una resplandeciente cavidad roja. Junto a ella, de espaldas a nosotros, está en pie un PERSONAJE *de elevada estatura, con ropas de obrero, cuya tarea parece ser alimentar el horno con el contenido de las papeleras. Nos es fácil verlo por encima de la gran mesa, porque se halla sobre una pequeña plataforma, a uno de cuyos lados hay una serie de escalones que conducen a lugar ignorado. Cuando salen los empleados, semejantes a piezas de relojería a punto de quedarse sin cuerda,* JOHNSON *se levanta, mientras cesa la música, y recoge algunos de los trozos de papel más cercanos.)*

JOHNSON.—*(Excitado.)* ¡Pero... si es dinero! ¿Qué van a hacer con él?

ALTAVOZ.—*(Con frialdad.)* Quemarlo. Todo ha de ir a los crematorios al fin de la jornada.

JOHNSON.—Sí, pero... ¿también el dinero?

ALTAVOZ.—Sí; también el dinero. A pesar de todo.

JOHNSON.—*(Con creciente excitación.)* Es que... yo lo necesito. *(Está mirando hacia los altavoces, pero como no llega la respuesta se acerca más al* PERSONAJE, *que sigue de espaldas a nosotros, alimentando el horno, y le habla.)* Oiga..., escúcheme... Es absurdo quemar todo ese dinero, cuando a mí me hace falta.

PERSONAJE.—*(Sin volverse.)* ¿Cuánto?

JOHNSON.—*(Ahora muy excitado.)* ¿Cuánto? Bueno, creo que... cuanto más, mejor. Y me parece que estos son billetes, y algunos de los grandes.

PERSONAJE.—Sí.

JOHNSON.—Entonces, ¿no puedo coger unos pocos? Digamos. ¿un puñado? ¿Un bolso lleno? ¿Dos bolsos? ¿Mil bolsos llenos? ¿Puedo?

PERSONAJE.—*(Con marcado tono de burla.)* Ven y cógelo. *(Al decir esto, el* PERSONAJE *se vuelve ofreciéndole los billetes a puñados, pero revelando a la vez, a los estridentes, metálicos, amenazadores acordes de la orquesta, la horrible calavera de su rostro. Está envuelto por una luz extraña y mortecina, sobre los escalones, un poco por encima de* JOHNSON, *que ha subido a la plataforma, y solo son visibles ellos dos y el rojo resplandor del horno. A* JOHNSON, *inmóvil, con burla.)* Vamos, ven y cógelo. ¿Asustado?

JOHNSON.—*(Retrocediendo.)* Sí.

PERSONAJE.—¿Por qué?

JOHNSON.—*(Desdichado.)* Siempre lo he estado. Este miedo... me acechaba detrás de cada cosa, aguardando... La fosa oscura, la podredumbre, los gusanos... Recuerdo cuando, de niño, vi los restos medio consumidos de un gato, blancos e hirvientes de gusanos. Después, en otra ocasión, la cara hinchada y rojiza de un ahogado. Y más tarde, a mi madre, sonriente, convertida en figura de cera; con un olor enfermizo y dulzón por toda la casa, y las duras pisadas de los hombres que se la llevaron, y el llover de la tierra sobre la tapa del ataúd... Fui a la guerra, y recuerdo las cuencas vacías de mis amigos muertos. Y una mano que he intentado ol-

vidar. Sobresalía de un parapeto, como un mudo y rígido grito de auxilio, como si el resto de aquel hombre se hubiese convertido en tierra y sacos de arena, y, todavía consciente, tendiese una mano hacia la carne cálida y viva, antes que los gusanos estuviesen también en nosotros. ¡Dios mío!

PERSONAJE.—*(Calmosamente.)* Los gusanos también son de Dios. ¿Por qué no han de tener su parte?

JOHNSON.—*Con amargura.)* La suya es mejor. No saben lo que es esperarles a ellos, como nosotros.

PERSONAJE.—Has estado tanto tiempo asustado, que nada puedes ya temer. Ven. *(Le tiende el dinero.)*

JOHNSON.—*(Estremeciéndose.)* No.

PERSONAJE.—*(Cortante.)* Ven y mira de cerca, insensato. Acércate. *(Ahora, muy despacio, como arrastrado contra su voluntad,* JOHNSON *se acerca y, a pocos pasos, se detiene y mira.)*

JOHNSON.—¡Pero... si es una máscara, una careta! *(Se acerca un poco más para estar seguro, mientras el* PERSONAJE *permanece erguido, esperando, con un saco de dinero, frente a sí.)*

PERSONAJE.—Quítamela.

JOHNSON.—*(Temeroso.)* No. Detrás puede haber algo peor; el verdadero rostro de la muerte... Ni siquiera los huesos mondos... Una podredumbre latente...

PERSONAJE.—Si no lo haces, te quedarás aquí para siempre. (JOHNSON *duda, y al fin, decidiéndose, se acerca rápidamente, mientras la música hace un extraño y alto trémolo, y arranca la máscara, descubriendo tras ella un rostro apacible e inteligente que* JOHNSON *contempla aturdido. El* PERSONAJE, *al parecer divertido, dice:)* Y bien...

JOHNSON.—*(Lentamente.)* Es como... mucha gente que he conocido. Y, sin embargo, ninguno de ellos. Parece que los veo a todos juntos. Mi padre... MacFarlane, el viejo médico de nuestra familia... Mi primer maestro... Incluso nuestra vieja aya... Y un párroco con quien hablé una noche, cruzando el Canal hacia Francia... Y... *(No puede ahora pensar en nadie más, pero todos sabemos que son probablemente centenares.)*

PERSONAJE.—*(Calmosamente.)* ¿Todavía quieres tu dinero?

JOHNSON.—*(Vivamente y con desagradable fanfarronería.)* Pues claro. Suerte que tuve agallas para arrancar esa asquerosa máscara, ¿verdad? No me porto mal, si la cosa va en serio. Que me pinchen de verdad, verán cómo salto. Sí, venga el dinero y acabemos este asunto. *(Mientras se llena los bolsillos de billetes.)* De cinco..., de diez... y he visto uno de cien. No es cosa de despreciar. No me va a ir mal con este paquete. Y nadie podrá decir que no me lo he ganado, ¿no le parece? *(Mientras embute los últimos billetes en sus bolsillos, lo que antes creíamos la pequeña boca de un horno se nos revela como un pasillo decorado y brillantemente iluminado del que llega el sonido de una orquesta de baile.)* ¡Escuche! ¿Qué música es esa? Me gusta.

PERSONAJE.—¡Ah, eso!... Es el «night-club». El Paraíso de la Jungla. Mucha luz, *jazz*, restaurante, bebida y chicas guapas.

JOHNSON.—¿Admitirán ahí este dinero, no?

PERSONAJE.—Les encantará admitirlo.

JOHNSON.—Entonces es lo que buscaba. Siempre lo he dicho: Mientras se vive hay que pasarlo bien; tiempo nos queda de estar muertos. ¿Qué le parece?

PERSONAJE.—*(Con (tristeza.)* Me parece lo de siempre, Robert; que no hay en ti mucha maldad, pero eres bastante insensato.

JOHNSON.—*(Furioso.)* Sí, claro; qué va a decir usted. Para una ocasión en que parece que voy a divertirme, tiene que estropearlo todo. Pero esta vez no se saldrá con la suya. Voy a ver lo que pasa en ese paraíso. *(La entrada del «night-club» reluce ahora como nunca y la música suena cada vez más fuerte.* JOHNSON *habla a gritos, excitado.)* Así se toca, muchachos. Adelante y pegadle duro. Eso es, con ritmo. Veréis qué noche. Allá voy. *(Hace un gesto con la mano y se pierde de vista pasillo abajo, mientras la música se torna ensordecedora y va cayendo el telón.)*

ACTO SEGUNDO

Estamos de nuevo en el vestíbulo de la casa de Johnson, pero ahora es la tarde del día siguiente al funeral, y el lugar no parece tan lúgubre. AGNES arregla unas flores que hay sobre la mesilla, y FREDA, en bata y todavía con aspecto algo enfermizo, sale del salón con un ramo de grandes lirios mustios.

FREDA.—Agnes, tira estas.

AGNES.—*(Cogiendo los lirios.)* Sí, señorita. Aunque todavía no están mustias ni mucho menos. Si les corta los tallos...

FREDA.—No; las odio. Estos lirios me ponen mala. Creo que fue el verlos lo que ayer acabó conmigo.

AGNES.—Pero si lo llevó usted muy bien, miss Freda.

FREDA.—No, no, Agnes. Me porté estúpidamente. *(Entra* RICHARD *con abrigo, y se detiene junto a la percha para dejarlo, así como el sombrero. Sale* AGNES *con los lirios.* FREDA, *que la ha relevado en la colocación de las flores, se vuelve al oír entrar a su hermano. Ahora podemos verlos a nuestro gusto y advertir que forman una agradable pareja de adolescentes.)* Hola, Richard. ¿Qué tal eso?

RICHARD.—Bastante lata. Menos mal que llegó el viejo Clayton y me dijo que me eclipsase. Vendrá mañana con tío George para arreglar las cosas. ¿Cómo está mamá?

FREDA.—*(Nada satisfecha.)* Lo mismo. Demasiado tranquila. Y algo extraña.

RICHARD.—*(Inquieto.)* Sería mejor, ¿no crees?, que le diese por gritar... o llorar...

FREDA.—Esto otro es algo... inquietante.

RICHARD.—¿Dónde está?

FREDA.—Arriba. Dijo que iba a acostarse *(Pausa.)* ¿Tú crees... que lo sabe?

RICHARD.—¿Quién?

FREDA.—Papá.

RICHARD.—¿Que sabe qué?

FREDA.—*(Muy en serio.)* Que ha estado pasando todo esto..., todo ese horrible jaleo de ayer, y esta calma de hoy, tan extraña.

RICHARD.—No, claro que no. Cuando uno está muerto, pues... lo está.

FREDA.—Sí, pero ¿puede saber lo que pasa?

RICHARD.—No seas zoquete. ¿Cómo va a poder?

FREDA.—No lo sé, pero siento que es posible de algún modo.

RICHARD.—Estuvo insconsciente los dos últimos días. Solo decía incoherencias. Era como si soñase.

FREDA.—*(Que ha estado pensando en ello.)* Bueno, supongamos que el sueño continúa. Entonces uno no podría ni siquiera saber que se ha muerto. Y, en este caso, no sería tan duro para él como para nosotros. Quiero decir que, como podría estar soñando que sigue con nosotros, le sería imposible notar la diferencia.

RICHARD.—*(Pensativo.)* La notaría. En los sueños se nota. Hay en ellos algo extraño. Siempre nos damos cuenta de que estamos soñando. *(Pausa.)* He pensado en él todo el día. No podía hacer otra. cosa. Ya sabes que aveces me portaba mal. Sin querer. ¡Qué diferencia cuando yo era un chico...! Lo pasábamos tan bien juntos... Pero en los últimos tiempos empezó a pensar que me estaba haciendo un descarado, y yo, que él se entremetía más de la cuenta, como si yo fuese todavía un niño... Ya me entiendes.

FREDA—Sí.

RICHARD.—*(Lentamente.)* Pensé decirle que tenía razón, y que lo sentía y todo eso, pero era demasiado tarde... Ya no podía entenderlo.

FREDA.—Quizá si lo pensaste le llegó de algún modo. *(Pausa.)* ¿Sabes?, yo solía imaginármelo como un viejo.

RICHARD.—Sí. Igual me pasaba a mí. Terriblemente viejo.

FREDA.—Lo sé. Bueno, pues precisamente hace poco vi de pronto que no es realmente viejo..., quiero decir... *(Angustiada.)* que no era. (JILL, *su madre, entra muy despacio, pálida y enlutada, con aire de sonámbula.* FREDA, *volviéndose, con reproche.)* Pero... mamá... Dijiste que ibas a descansar...

JILL.—*(Disculpándose.)* Lo sé, nena.

FREDA.—Agnes y yo podemos ocuparnos de todo. Ya no queda mucho que hacer.

RICHARD.—Y yo les ayudaré. Vamos, mamá, déjame llevarte a tu cuarto. Tienes que dormir.

JILL.—*(Con agitación contenida.)* No, no. Ya lo intenté. Estaba... medio dormida. Y entonces tuve un sueño odioso; algo horrible, estremecedor... Supongo que fue realmente una pesadilla. Soñé que estaba tratando de encontrar a vuestro padre, que debía encontrarlo, y tenía que mirar en los sitios más extraños..., todos vagos..., pero... horribles... *(Cuando pronuncia la última palabra, la luz, que ha ido disminuyendo rápidamente, está casi apagada, y al instante siguiente nos hallamos en la oscuridad... Al principio no vemos todo el «night-club», sino únicamente el bar, una pequeña barra, chillonamente decorada, reluciente e iluminada con extrañas luces de un rojo púrpura.* JOHNSON, *ahora de frac, está subido en una banqueta, bebiendo cócteles, y hablando con el barman, un tipo suave y algo siniestro, con chaquetilla blanca.* JOHNSON *empieza a sentir ya el efecto de las mezclas.*

JOHNSON.—¿Cómo se llama este? *(Levanta su copa de un vivo color.)*

BARMAN.—«Buceador del Infierno», míster.

JOHNSON.—¿Conque «Buceador del Infierno»?

BARMAN.—Es una de mis especialidades.

JOHNSON.—*(Tras bebérselo de un trago.)* Me gusta más que el azul. ¿Cómo se llama el azul?

BARMAN.—«Beso de Sirena».

JOHNSON.—No está mal. Pero este «Buceador del Infierno» es mejor. Llega al alma... Déme otro. *(Mientras el* BARMAN *empieza a hacer su mezcla.)* Oiga, ¿adónde se han ido aquellos tipos tan simpáticos? Supongo que no habrán pagado sus rondas

BARMAN.—*(Suave.)* No; dijeron que pagaba usted.

JOHNSON.—*(Sin darle importancia.)* Está bien, está bien. ¿Cómo se llamaba aquel tan elegante, con cara de listo, que dijo que podría proporcionarme un asunto interesante?

BARMAN.—Sería Escorpión. Uno de nuestros mejores clientes. Viene casi todas las noches.

JOHNSON.—*(Bebiendo.)* Estupendo. Yo también vendré todas las noches. ¿Y aquel bajito..., el que es abogado en la City?

BARMAN.—¡Ah!, míster Rata. Viene mucho por aquí con míster Babosa. Usted estuvo hablando con míster Babosa.

JOHNSON.—*(Dándose importancia.)* Sí, sí. Tuve con él una charla muy interesante. Son una gente encantadora. *(El* BARMAN *le da una bebida amarillo brillante.)* ¿Cuál es este?

BARMAN.—«Aliento de Dragón».

JOHNSON.—Siempre había querido probar un «Aliento de Dragón». *(Lo bebe de un trago, hace algunos visajes y después alarga un billete al* BARMAN.) Guárdese la vuelta.

BARMAN.—No hay vuelta, míster. En total, su cuenta importa...

JOHNSON.—*(Interrumpiéndole.)* Está bien. Nada de números esta noche. *(Le da otro billete.)* Guárdese el cambio de esto.

BARMAN.—*(Sin impresionarse.)* Gracias.

JOHNSON.—*(Más para sí que al* BARMAN.) El hombre necesita divertirse. No puede estar serio a todas horas. Es malo para la salud. Tampoco es bueno no entrar de cuando en cuando en estos sitios. Escorpión y Babosa tenían razón. Si a ellos les va bien, también a mí. (JOHNSON *abandona la barra y viene hacia nosotros, y no vemos ya el bar, sino únicamente la cara de* JOHNSON, *tensa bajo la hiriente luz blanca. Con creciente excitación.)* Ya se levanta de su largo sueño. Noto su aliento salvaje. Es una bestia peluda, de garras afiladas. Empiezo a ver por sus ojos y a oír con sus oídos, y las luces queman, y los sonidos laten en mi sangre. *(Se vuelve, y al momento el suelo del «night-club» se hace visible, oímos una rumba, y vemos bailando a unas cuantas personas bien vestidas, pero desagradables. Hay mesitas y sillas alrededor de la pista, y al fondo, bajo un amplio decorado de relucientes volutas de oropel, una pequeña plataforma. La escena está iluminada con verdes*

ácidos y violentos púrpuras. JOHNSON *contempla todo con entusiasmo.)* Exactamente lo que buscaba. No lo hay mejor. Aquí puede pasarse la gran noche. *(Ha terminado el baile y se ilumina de nuevo el bar, al que llega desde abajo* SIR JAMES PUERCO, *un tipo maduro, orondo y gruñón, acompañado por dos chicas que parecen exactamente iguales, sobre todo a causa de sus máscaras con cara de muñeca.* JOHNSON *los contempla con curiosidad.)*

BARMAN.—Buenas noches, sir James.

PUERCO.—*(Gruñendo.)* Buenas. Danos tres de lo de costumbre.

BARMAN.—Tres de lo de costumbre. *(Cuando* PUERCO *y sus dos amigas toman asiento en el bar, el* MAÎTRE, *un extranjero rollizo y untuoso, con una cara extraña, baja hasta donde ellos se encuentran y les hace una reverencia.)*

MAÎTRE.—Buenas noches, sir James. Es un gran placer verle por aquí. Buenas noches, mistress.

PUERCO.—Buenas, Sapo. ¿Tengo mi mesa?

MAÎTRE.—Desde luego, sir James. Está siempre dispuesta. ¿Quiere ver el menú?

PUERCO.—*(Que jamás se arriesga.)* No. Deme lo de costumbre.

MAÎTRE.—*(Inclinándose.)* Desde luego, sir James. Lo de costumbre. (PUERCO *y las* CHICAS *tiene ya sus copas. El* MAÎTRE *advierte la presencia de* JOHNSON, *que ha vagado por los alrededores esperando ser notado.)* Buenas noches, míster. ¿Busca una mesa?

JOHNSON.—*(Vagamente, pero majestuoso.)* ¡Eh!..., sí. Una mesa, claro.

MAÎTRE.—¿Para cuántos, por favor?

JOHNSON.—Hum..., no sé. Supongo que vendrá alguien más.

MAÎTRE.—Desde luego, míster. En seguida estará esto lleno de encantadoras miss. *(Trata de conducir a* JOHNSON *hacia una mesa, pero él se resiste y le obliga a acercarse.)*

JOHNSON.—*(Confidencial.)* ¿No importa que no esté de etiqueta?

MAÎTRE.—*(Sorprendido.)* Pero, míster, si va usted perfectamente... *(Señala el frac d* JOHNSON, *quien se mira y queda muy sorprendido, pues está claro que ignoraba su atuendo.)*

JOHNSON.—*(Lentamente, confuso.)* Es extraño. Yo no llevaba...

MAÎTRE.—Sin duda se ha mudado usted con mucha prisa, míster. Ahora le daré una buena mesa.

JOHNSON.—*(Dándose importancia.)* De las mejores que tenga.

MAÎTRE.—Naturalmente, míster; una de las mejores.

JOHNSON.—*(Vulgar.)* Siempre lo digo: Con lo mejor me basta.

MAÎTRE.—*Diplomático.)* Muy bien traído, míster. Procuraré recordarlo. Ahora, míster... *(Conduciéndole hacia una mesa.)* algo de cena...; ¿un vinito, no?...; baile... y una chiquita guapa. ¿Qué le parece al míster

JOHNSON.—*(Sentándose.)* Esa es la cosa. Como yo digo, hay que divertirse mientras se puede.

MAÎTRE.—Perfecto, míster.

JOHNSON.—*(Encantado consigo mismo.)* Come, bebe y diviértete, ¿no es así?

MAÎTRE.—Excelente, míster. Y, si me lo permite, muy ingenioso.

JOHNSON.—Siempo lo digo: Vive mientras puedas, que la muerte es muy larga.

MAÎTRE.—*(Suave y siniestro.)* Exactamente, míster; la muerte es muy larga. Procuraré también recordar esto.

JOHNSON.—*(De mal en peor.)* Tengo dinero... *(Y enseña un fajo de billetes.)* Me lo he ganado, de modo que haré lo que quiera con él. Y ya verá si sé gastarlo. Procure que me divierta... y no le pesará.

MAÎTRE.—Haremos que lo pase usted muy bien, míster. *(Se inclina y señala a* PUERCO *sentado con sus dos* CHICAS *en la mesa de enfrente, llena de manjares. En voz baja.)* ¿Conoce a ese caballero? Es muy rico, uno de nuestros mejores clientes; se pasa aquí la vida. Es sir James Puerco.

JOHNSON.—*(Mirando.)* Parece un gran tipo. (PUERCO, *viendo que* JOHNSON *le observa con interés, le hace una seña invitadora.* JOHNSON *se acerca, halagado.)*

PUERCO.—*(Con la boca llena.)* Buenas. Creo que conozco su cara.

JOHNSON.—*(Encantado.)* Me llamo Johnson. Y usted es sir James Puerco, si no me equivoco.

PUERCO.—Exacto. Vengo mucho por aquí. ¿Conoce a las chicas? Esta es Dot y esta Maisy.

JOHNSON.—*(Sonriendo estúpidamente.)* Encantado.

PUERCO.—¿Trabaja usted en la City?

JOHNSON.—Sí.

PUERCO.—Puedo proporcionarle algo sensacional uno de estos días. Todavía sobran las ocasiones si se sabe buscarlas y colarse de rondón en ellas.

JOHNSON.—*(Impresionado.)* Muchísimas gracias.

PUERCO.—*(Mientras vuelve a empezar el baile.)* ¿Le gusta el baile, Johnson?

JOHNSON.—Sí. Pero estoy sin pareja.

PUERCO.—Dot bailará con usted. (JOHNSON *hace una reverencia a* DOT *y la saca a bailar, con entusiasmo, pero sin mucha habilidad, tropezando de vez en vez con otras parejas. Oímos lo que dice la suya.)*

JOHNSON.—Esto es estupendo... Supongo que lo estará usted pasando bien. Hacía mucho tiempo que no bailaba con una chica tan guapa. A mí también me gusta bailar, pero estoy un poco desentrenado. Ya sabe: los negocios... Yo suelo decir que un hombre es tan viejo como se siente. ¿Qué cree usted...? Me gusta su pelo. Es maravilloso. Ya sé que se lo habrán dicho muchas veces, pero, al fin y al cabo, la opinión de un hombre de mundo

siempre interesa, ¿no? *(Cuando acaba el baile, la lleva a la mesa de* PUERCO *y se queda allí en pie unos instantes)*

PUERCO.—*(Protector.)* ¿Le gustó el baile, Johnson?

JOHNSON.—Sí..., estupendo.

PUERCO.—Dot baila como nadie. También yo doy a veces unas vueltas con ella. Pero Maisy habla mejor.

JOHNSON.—*(Mirándola.)* ¿De veras?

PUERCO.—Sí. A veces dice cada cosa... Le hace a uno reír. Pero Dot sabe los mejores chistes. Muy... sustanciosos.

JOHNSON.—*(Soez.)* Como a mí me gustan.

PUERCO.—*(Sugestivamente.)* Y eso no es lo único que saben hacer; ni mucho menos, ¿verdad, chicas? Desde luego que no. ¿Eh, Johnson? *(Suelta una risotada y* JOHNSON *le hace eco. Después,* JOHNSON *se vuelve, los deja, y ve en el bar, de nuevo iluminado, a una mujerona de mediana edad que le hace señas. Aunque vestida muy rebuscadamente, tiene algo de vulgar y descarado.* JOHNSON *se reúne con ella en el bar. El resto del local se halla ahora a oscuras.)*

MUJER.—*(Con risa procaz.)* ¿No me recuerdas, verdad?

JOHNSON.—Yo... A ver... No sé...

MUJER.—¿Tú no eres Boby Johnson, un chico que vivía en la calle Granthan, en Longfield?

JOHNSON.—*(Sorprendido.)* Sí...

MUJER.—*(Riéndose.)* Lo sabía. ¿Y no te acuerdas de mí? Era entonces una chiquilla. Vivía en la casa de al lado. Lottie Spragg.

JOHNSON.—*(Mirándola entonces asombrado.)* ¡Naturalmente! ¡Lottie Spragg! ¡Claro que sí!

MUJER.—*(Con obsceno susurro.)* ¿Recuerdas cuando me llevabais detrás del molino viejo?

JOHNSON.—Bueno... Yo no...

MUJER.—*(En el mismo tono.)* Vamos, tú eras tan granuja como los otros. ¡Los muy diablos! ¿Te acuerdas cuando...? *(Mientras se inclina para hablarle en voz baja, las luces disminuyen en el bar, aunque todavía puede verse en él a* JOHNSON *y la* MUJER, *y ahora un solo rayo blanco descubre a* JILL, *que acaba de entrar abajo, por el lado opuesto. Aparece exactamente como entró en el vestíbulo para hablar con sus hijos acerca de sus sueños. La música toca suavemente.)*

JILL.—*(Apremiante.)* Busco a mi marido, Robert Johnson. *(Una pareja entra bailando bajo el foco, y ella ve—como nosotros—las horribles máscaras que los convierten en espantosas caricaturas de los tipos que suelen hallarse en tales sitios. Se aparta de ellos y continúa en su empeño. Con mayor apuro.)* Busco a mi marido. Robert Johnson. *(Al avanzar, descubre a nuevos bailarines enmascarados; y después se detiene junto a un grupo formado por el «maître» y algunos camareros, que al oírla se vuelven bruscamente y muestran su apariencia, más animal que humana. Llamando.)* ¡Robert! ¡Robert! ¡Robert! *(La vemos por última vez rodeada de*

horribles figuras enmascaradas que hablan y ríen entre dientes. Ahora, JOHNSON *hace callar un momento a la* MUJER *y presta atención, como si oyese algo.)*

JOHNSON.—*(Muy alto.)* ¡No está aquí! ¡Váyase, váyase! *(La luz que caía sobre* JILL *se ha eclipsado, pero en la oscuridad oímos todavía un débil y desfalleciente «¡Robert! ¡Robert!» Después, el bar se ilumina de nuevo y* JOHNSON *y la* MUJER *ríen juntos.)*

MUJER.—*(Entre risas y codazos.)* ¡Qué poca vergüenza! Sigues tan golfo siempre... y yo también.

JOHNSON.—¡Ah, pero ahora sabemos algo más!

MUJER.—*(Todavía riéndose.)* Y empezamos temprano, ¿no te parece? *(Levantándose.)* Tengo que volver con los muchachos. Que seas bueno. Y que te diviertas.

JOHNSON.—*(Mientras la acompaña abajo.)* Buenas noches, Lottie. Hasta la vista. *(Cuando ella sale,* JOHNSON *regresa al bar y encuentra sentado en una banqueta al joven* CHARLIE, *a quien vimos de presidiario en la oficina. Pero ahora, al parecer, no le han descubierto, porque está muy peripuesto, vestido de frac y con un clavel en la solapa, y es fácil darse cuenta de que se encuentra en este bar como en su casa.)*

CHARLIE.—¡Vaya, pero si es el granuja de Johnson!

JOHNSON.—¿Charlie? ¡El mismo!

CHARLIE.—*(Al* BARMAN.) Dos de los míos, George. Son de los que hacen crecer el pelo. Bueno, ¿cómo van tus cosas?

JOHNSON.—*(Sentándose.)* Bien, bien; magníficamente. Y a ti parece que tampoco te van mal.

CHARLIE.—*(En el estilo confidencial de tales tipos.)* Puedes apostarlo. Tuve un buen principio con aquellas mil quinientas que le birlé al viejo Clayton en sus mismas narices El trabajo más limpio que hayas visto en tu vida. *(Se ríe.)*

JOHNSON.—*(Riéndose.)* Se la jugaste bien.

CHARLIE.—Pasé un mes en Montecarlo con una chica con la que andaba entonces, y al volver la planté. Después me metí en un par de buenos asuntos con Finkelstein. Si andas listo, puedo proporcionarte algo. Pero... hay que espabilarse, ya sabes.

JOHNSON.—*(Jactancioso.)* Eso es cosa mía. Mira: hoy mismo... o ayer...; hace poco, estuve en un sitio..., unas oficinas..., una especie de oficinas..., y todo se les volvía poner pegas y hacerlo difícil adrede. Pero bueno soy yo para aguantárselo... ¡Ni hablar! Esto se acabó, les dije; a mí las cosas claras. Quiero mi dinero y no me iré de aquí hasta que lo tenga. Así soy yo ahora.

CHARLIE.—Ya veo que vas espabilándote. A propósito: me he quedado sin nada suelto... ¿Te importaría prestarme cinco libras?

JOHNSON.—*(Espléndido.)* En absoluto. *(Dándole los billetes.)* Mejor que sean diez.

CHARLIE.—*(Levantándose.)* Gracias, chico. ¿Puedo hacer algo por ti aquí?

JOHNSON.—*(Susurrante.)* Sí. Consígueme una chica. Una cosa fina y de primera mano.

CHARLIE.—Eso es fácil. Una amiga mía, la mujer más lista que conozco, se ocupará de ello... Madame Buitre. *(Sonríe, se inclina y se va.* JOHNSON *gira en redondo y allí, en pie a su lado, está* MADAME BUITRE, *una critura alta y delgada, con un vestido de noche negro y adornado de plumas, máscara de buitre y uñas inmensamente largas, afiladas y pintadas de rojo sangre, como espolones.* JOHNSON *la contempla sobrecogido y fascinado.)*

MADAME BUITRE.—*(Con horrible desenvoltura.)* Sé muy bien cómo son ustedes, los caballeros. No quiero esto, querría lo otro... Me es imposible tratar de servirle sin conocer sus gustos. ¿Alta, mediana, bajita? ¿Morena, pelirroja, rubia? ¿Experta o muy joven? Blanca, supongo...

JOHNSON.—Desde luego. Tiene que ser blanca.

MADAME BUITRE.—*(Buena vendedora.)* Creo que acierta usted; aunque, claro, algunos caballeros tienen gustos exóticos. Entonces, blanca. ¿Y acaso rubia? ¿Por qué no probar con una bonita rubia?

JOHNSON.—Una rubita clara, bien guapa, me vendría de primera.

MADAME BUITRE.—¿O por qué no... una estupenda morenita?

JOHNSON.—Pues sí. Tampoco estaría mal.

MADAME BUITRE.—No muy alta, pocos años, sin mucha experiencia...

JOHNSON.—Lo ha entendido perfectamente.

MADAME BUITRE.—Bien; tengo lo ideal para usted. Deliciosa y fresquita. Acaba de caer en mis manos. *(Esas manos tan cercanas a la cara de* JOHNSON.)

JOHNSON.—*(Mirándolas.)* No me gustan sus manos.

MADAME BUITRE.—*(Con siniestra desenvoltura.)* Vamos, míster Johnson, no sea malo.

JOHNSON.—*(Con estupidez de borracho.)* Yo soy malísimo.

MADAME BUITRE.—Ya lo veo. Entonces, ¿qué le decimos..., qué me dice de esa chiquita?

JOHNSON.—Vamos a echarle una ojeada.

MADAME BUITRE.—Ya comprenderá que mis clientes son todos caballeros de posición. Yo no trato en saldos; de modo que...

JOHNSON.—*(Dándole unos billetes.)* No tendrá queja de mí..., siempre que entregue la mercancía en buenas condiciones.

MADAME BUITRE.—La mercancía será estupenda, míster Johnson. Ya lo verá. Exactamente lo que usted quiere. *(Sale.* JOHNSON *toma otra copa, ríe entre dientes y el baile vuelve a empezar. De pronto, calla la música, todos quedan inmóviles y las luces se apagan, con excepción de una pequeña y blanca sobre* JOHNSON. *Es como si el tiempo hubiera quedado en suspenso y* JOHNSON *hablase ahora desde un yo más hondo.)*

JOHNSON.—*(En tono lento y profundo.)* Sentado aquí, esperando... ¡Qué insensato! Sé que soy un loco, y, sin embargo, sé también que no estoy loco. Si todo esto fue siempre locura, acaso ahora, por una vez, suceda el milagro.. Dicen que soy mezcla

de animal y de dios... Pero no creo qu esea únicamente ese animal que hay en mí el que aquí espera, porque el animal ha de ser una criatura sencilla, con unas cuantas necesidades violentas, pronto satisfechas. ¿Pero qué hay de sencillo en esta selva brillante y perfumada, donde todo ha sido tan bien calculado para darle un sabor agridulce, semipodrido...? Porque si el animal que hay en mí se ve alimentado y satisfecho, al momento despierta al dios con sus ronquidos... Me vuelvo bestia, pero esa bestia no es un simple animal. Aunque tenga pelo y garras..., su cabeza es de dios, como la de la Esfinge, que quizá parece tranquila porque una vez, hace miles de años, en una noche tan grande como nuestros siglos, sació para siempre su pasión... E incluso aquí y ahora, mientras estoy sentado con la baba colgante, sudando y rijoso como un semental a la espera, sé que deseo la paz... Hágase un milagro para mí, la bestia, para que la bestia quede satisfecha y yo pueda tener paz... sin remordimiento..., sin remordimiento... *(Vuelven las luces. El baile continúa.* JOHNSON *es otra vez el borracho contento. El* MAÎTRE *se le acerca llevando una máscara híbrida de hombre y sapo. Y ahora vemos que clientes y camareros van grotescamente enmascarados.)*

MAÎTRE.—¿Todo bien, míster?

JOHNSON.—*(Beodo, mirándole fijamente.)* ¿Quién es usted?

MAÎTRE.—El «maître», míster.

JOHNSON.—*(Solemne.)* Pues tiene usted cara de sapo.

MAÎTRE.—Claro, míster. Así me llamo.

JOHNSON.—*(Vagamente, pero en potentado.)* Bueno... tráteme bien y verá cómo me porto. Cuando haya tomado otros cuantos tragos y tenga a mi rubita, la vida será colosal. La siento burbujear... ¡Ah, cosa rica! Soy el amo del mundo. Y eso es lo que hay que ser, el amo. *(La pista ha quedado despejada, y bajo una fuerte luz y acompañados por una música trepidante, dos jóvenes de frac y sombrero de copa, y dos chicas, casi desnudas pero con chisteras de color, bailan un dinámico y vulgar zapateado. Cuando terminan, suenan algunos aplausos de los enmascarados clientes sentados alrededor, a los que* JOHNSON *se une con entusiasmo. A un redoble del tambor, aparece sobre la pequeña plataforma del fondo en la que hay un micrófono, el presentador de las atracciones, de frac, pero también con el guardapolvo manchado de tiza del desagradable maestro que vimos en la oficina. En verdad, es a la vez el presentador y aquel maestro; una de esas personalidades ambivalentes que a menudo encontramos en sueños.)*

PRESENTADOR-MAESTRO.—*(Al micrófono.)* Y ahora, amigos, antes de empezar nuestro «show», en el que puedo prometerles una gran sorpresa, un aplauso para el muchacho que llena hoy las primeras páginas... y no pocos corazones. El nuevo campeón..., Jim Gorila. *(Un fornido mozo vestido de etiqueta, con una enorme y sonriente máscara de mono, se adelanta con las manos juntas por encima de la cabeza como un boxeador que saluda a su*

público. Grandes aplausos, entre los que destacan los de JOHNSON. GORILA *da la mano a* JOHNSON, *todavía sentado a su mesa. Después, una de las chicas de* PUERCO—DOT *o* MAISY, *¿quién sabe?—se precipita a abrazar a* GORILA, *que se la lleva a su mesa. Al micrófono.)* Y ahora, amigos, una nueva atracción que presentamos por vez primera y que estoy seguro ha de resultar sensacional. Robert Jhonson... va a hacernos una exhibición de sí mismo. Un aplauso para él, amigos.

JOHNSON.—*(Levantándose, vacilante y sorprendido.)* ¿Que yo qué?

PRESENTADOR-MAESTRO.—*(Al micrófono, señalando.)* ¡Robert Johnson! *(*JOHNSON *está ahora en el centro de la pista, con el foco sobre él, y todos los demás clientes sentados, esperando. La música es suave y retozona, apropiada para el número de un «clown».)*

JOHNSON.—*(Con torpeza de beodo.)* No sé de qué se trata..., pero ustedes son encantadores. También yo lo soy. De modo que vamos a pasarlo bien... ¿Qué les parece un trago? *(Se ríen de él. Un camarero con máscara de «clown» trae un velador, una silla y una gran botella de champaña simulada. Pone la mesa, ofrece la silla a* JOHNSON *y después se la quita, haciéndole caer pesadamente, entre protestas y risas. Cuando* JOHNSON *consigue al fin sentarse, hay una escena cómica con el falso champaña. El* CAMARERO *pretende usarlo como champú, etc. Finalmente, cuando el* CAMARERO *se va,* JOHNSON *queda sentado en el suelo, con cara de tonto, y riéndose, mientras los demás clientes se burlan de él. Debe haber cada vez mayor crueldad en esta risa. Sensiblero.)* Lo bueno del caso es que..., que me creen una persona respetable. De verdad que lo creen. Un cargo de responsabilidad en una antigua empresa, mujer y dos hijos... Todo muy, muy respetable Buenos días Johnson. Buenos días, míster John. Buenas noches, Johnson. ¿Cómo está usted? ¿Algo más, míster Johnson? Y así siempre. Majaderías. Y mientras tanto, ¿qué? Un payaso, nada más que... un payaso. Pero cuidado: un gran payaso, eso sí... Un payaso de primera. *(Se ríe. Los demás clientes le tiran migas de pan, y un jovenzuelo de aire estúpido se acerca mucho y le lanza la suya con furia. A* JOHNSON *no le hace gracia la cosa; y, desconfiado, se incorpora como puede, sintiendo lástima de sí mismo.)* Formalidad, formalidad... No maltraten así al pobre Johnson. ¡Si no es más que un viejo! ¿Dónde está la rubia que me prometieron?

GORILA.—*(Al fondo.)* Ahora vendrá.

JOHNSON.—*(Cantando, beodo.)* A pasarlo bien, vamos todos a pasarlo bien...

CHARLIE.—*(Desde el fondo, a voces.)* ¿Tienes dinero, Johnson?

JOHNSON.—*(Con dignidad de borracho.)* Pues claro, pues claro que tengo dinero. ¿Lo necesitas? *(Tirando un puñado de billetes.)* ¡Tómalo, tómalo! Nada para mí. Yo soy Robert Johnson... Tomadlo todo. *(Lanza puñados de billetes y a su alrededor se organiza una rebatiña de clientes que luchan por cogerlos.* JOHNSON, *mascullando algo sobre la chica que le prometieron, se abre paso*

hacia la salida, y, apenas lo consigue, todas las luces de la pista de baile se oscurecen rápidamente. Entre tanto, se han corrido las cortinas para descubrir un saloncito casi totalmente ocupado por un diván. Debe estar bañado en una luz púrpura o rosa fuerte. Vemos a JOHNSON *sentado en el diván, y a* CHARLIE *que entra en el saloncito, con máscara de lobo.)*

CHARLIE.—Ya veo que has encontrado el sitio.

JOHNSON.—*(Sorprendido y amoscado.)* Tú...

CHARLIE.—Claro..., tu viejo compadre.

JOHNSON.—Tienes un aspecto muy raro, Charlie. ¿Dónde está la rubia que me prometisteis?

CHARLIE.—Aquí. *(Se aparta y entra* MADAME BUITRE *trayendo a una muchacha con un sencillo traje de noche, preferiblemente blanco, y un antifaz de la misma tela.)*

MADAME BUITRE.—Aquí la tiene; exactamente lo que pidió. *(A la* MUCHACHA, *que se aparta.)* Cuidado con hacer tonterías. Que lo paséis bien. *(Se ríe, coreada por* CHARLIE *en estilo lobuno, y ambos salen.* JONHSON *intenta atraer a la* MUCHACHA, *pero ella le huye. Esta pugna continúa durante el diálogo. La* MUCHACHA *resiste siempre, pero con el mismo esfuerzo, apartándose y tirando ligeramente hacia atrás más que oponiéndose activamente.* JOHNSON, *que ha iniciado la escena de un modo hosco, desconfiado y bestial, va de mal en peor durante ella.)*

JOHNSON.—Vaya, vaya... ¡Qué preciosidad! No seas tonta. Nadie quiere hacerte daño. Solo vamos a pasar un buen rato. *(Furioso por la repetida resistencia.)* ¡Eh! ¿Qué te has creído? Si no eres más que un buen bocado, un bocadito para mí... He comprado y pagado, no lo olvides. Y no me vengas con pamplinas. Soy un hombre de mundo. Valgo por una docena de esos jovencitos que tanto te gustan. Vamos... Estoy aquí para pasar un buen rato, he pagado por ello y no voy a perdérmelo. Y si no eres buena, te va a salir peor, ¿sabes? Déjame echarte una mirada. Empieza por quitarle esa estúpida máscara. Vamos, quítatela. *(Ella sacude la cabeza y logra apartarse una vez más, evitando sus esfuerzos por quitarle la máscara; pero empieza a llorar, lo que acaba de enfurecerle.)* ¡Oh...!, por amor de Dios. No te pongas ahora a llorar. Pero ¿quién te has creído que eres? Habrase visto, la mocosa... Si piensas que te van a servir esas mañas, te equivocas. Conozco todos los trucos, no lo olvides. ¡Vamos! *(La agarra violentamente; pero en este momento, un* MUCHACHO, *en traje de calle pero con una máscara como la de la chica, irrumpe en escena.)*

MUCHACHO.—Déjala en paz.

JOHNSON.—*(Furioso.)* No te metas en esto, seas quien seas, porque no voy a consentírtelo. *(Suelta a la* MUCHACHA *para amenazarle, lo que ella aprovecha para escapar por detrás del* MUCHACHO, *que a su vez se precipita fuera del saloncito hacia la pista de baile, ahora a media luz y desierta.* JOHNSON, *loco de rabia, saliendo del saloncito.)* No lo conseguirás. No vais a reíros de mí. ¡Lárgate, maldito! *(Arranca a la* MUCHACHA *de brazos del* MUCHA-

CHO *y la echa a un lado. Después, tras una corta lucha con él,* JOHNSON *coge un cuchillo de la mesa cercana y, ciego de furor, apuñala repetidamente al* MUCHACHO, *que se desploma gimiendo.* JOHNSON, *tambaleante y exhausto, se apoya en la mesa. La* MUCHACHA *da un grito y se precipita hacia el* MUCHACHO *levantándole la cabeza del suelo. Ahora ambos están sin máscara, y reconocemos a* FREDA *y* RICHARD.)

FREDA.—*(Con angustia.)* ¡Richard, Richard! (JOHNSON *se vuelve, se inclina y contempla con horror los dos rostros, antes de venirse al suelo, tambaleante.)*

JOHNSON.—*(Susurrando, horrorizado.)* ¡Freda! ¡Richard! ¡Oh Dios mío! Yo no sabía..., no sabía... *(Las gentes del «night-club», clientes y camareros, todos con máscara, acuden ahora, moviéndose lentamente en una densa masa que oculta a* FREDA *y* RICHARD. *Emiten un extraño sonido silbante. Todavía susurrando.)* ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

UNA VOZ.—*(Asustada.)* Ya viene, ya viene. *(La gente transforma ahora su silbido en un extraño y sordo gemido y todos señalan frente a sí, mientras retroceden.* JOHNSON *lo advierte.)*

JOHNSON.—*(Con sorda desesperación.)* Algo terrible llega... Terrible para ellos, no para mí, que estoy ya en el Infierno. No puede haber otro más hondo que este. Ahora veo que el Infierno es tan solo un lugar donde uno sigue pensando y recordando y recordando... No tengo miedo... Y hasta puedo esperar, pues quizá lo que espero es solo mi turno para ser aniquilado, como algo mal hecho que acaba por tirarse a la basura... *(La gente se ha desvanecido. No queda más luz que la que alumbra a* JOHNSON, *que mira hacia nosotros. La música, que ha sostenido un fino y alto trémolo, desemboca en un estruendo amenazador, sobre el tema que oímos al final del acto primero. Aparece un* PERSONAJE *alto y majestuoso, envuelto en una capa, que entra en escena por el lado del público. Cuando está cerca de* JOHNSON *se vuelve, y vemos de nuevo la horrible y reluciente calavera. Hay una pausa.)* Si eres la Muerte, espero que lo seas de verdad, final y omnipotente; que extingas para siempre hasta el último resplandor de memoria. Si eres esa Muerte, nada temo... Bien venida... Vamos, aniquílame de una vez... Es para lo único que valgo, para ser destruido.

PERSONAJE.—*(Burlón.)* ¿Y qué me dices del llover de tierra sobre el ataúd, y de los blancos gusanos?

JOHNSON.—Ahora que todavía vivo, pero en el Infierno, ellos son una especie de paz. El mundo será más limpio cuando mi cerebro esté podrido y los gusanos me hayan devorado hasta los huesos. *(Pausa. Después a gritos, furioso.)* ¿Qué... no tienes fuerza en los brazos o siquiera un veneno rápido en tu aliento?

PERSONAJE.—*(Quitándose la máscara, tranquilo.)* Ya te dije que eras un insensato, Robert.

JOHNSON.—*(Mirándole.)* ¡Usted!

PERSONAJE.—*(Divertido.)* Un insensato, ya lo dije, Robert.

JOHNSON.—*(Trágico.)* No me conoce. Ahora soy algo peor.

PERSONAJE.—*(Con frialdad.)* No, no. No pretendas alabarte.

JOHNSON.—*Angustiado.)* ¿No lo vio? Mi propia hija... Mi hijo... Estaba aquí... Y yo..., yo... ¡Ah, fue horrible, horrible!

PERSONAJE.—*(Acercándose.)* No existen máquinas humanas, creadas solamente para nuestra satisfacción, Robert. Solo existen personas. Todos son hijos e hijas, ya lo ves.

JOHNSON.—Lo veo... y veo otras mil cosas... ahora. ¡Demasiado tarde! Mis propios hijos...

PERSONAJE.—*(Vivamente.)* No, no. Máscaras, sombras, sueños...

JOHNSON.—*(Con vehemencia.)* Le digo que estuvieron aquí mismo, y no los conocí, y...

PERSONAJE.—*(Autoritario.)* Nunca han estado aquí. ¡Escucha!

VOZ DE RICHARD.—*(Exactamente como en la última escena.)* Pensé decirle que tenía razón, y que lo sentía y todo eso, pero era demasiado tarde... Ya no podía entenderlo.

VOZ DE FREDA.—*(Como antes.)* Quizá si lo pensaste le llegó de algún modo. ¿Sabes?, yo solía imaginármelo como un viejo...

VOZ DE RICHARD.—*(Como antes.)* Sí, igual me pasaba a mí. Terriblemente viejo.

VOZ DE FREDA.—*(Como antes.)* Lo sé. Bueno, pues precisamente hace poco vi de pronto que no es realmente viejo..., quiero decir... que no era...

JOHNSON.—¡Gracias, Señor, por tu misericordia! Pero si eran solo sombras, el mérito no es mío. Lo que hice, hecho está.

PERSONAJE.—No, porque tú fuiste quien forjó esas sombras. Eras tú reprochándote a ti mismo. ¡Escucha!

VOZ DEL CLÉRIGO.—Si, como suelen los hombres, he luchado con fieras en Efeso, ¿de qué me sirve, si los muertos no resucitan? ¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos! No os engañéis: las malas compañías corrompen las buenas costumbres...

JOHNSON.—*(Alarmado.)* ¿Un funeral?

PERSONAJE.—El tuyo.

JOHNSON.—¿Me creen muerto?

PERSONAJE.—Sí.

JOHNSON.—*(Agitado.)* Y están allí todos... Jill, Freda, Richard..., padeciendo mientras yo... ¡Ah, es horrible! ¡Soy un miserable!

PERSONAJE.—*(Jovial y apacible.)* No. Quizá un insensato, un loco como tantos. *(Pausa, observándole.)* Robert, creo que ya es hora de que vayas a la Posada.

JOHNSON.—*(Vehemente.)* Quiero volver a mi casa, a decirles que no he muerto de verdad... Tengo que consolarlos...

PERSONAJE.—*(Autoritario.)* No puedes volver. En ese mundo estás de verdad muerto. Intentar regresar a la fuerza sería llevar el mal a tu propia casa. Has de emprender tu camino. Pero antes puedes quedarte un rato en la Posada.

JOHNSON.—¿Qué posada es esa?

PERSONAJE.—Llámala, si quieres, la Posada del Fin del Mundo. Te esperan.

JOHNSON.—Ya no tengo dinero. Lo tiré todo.

PERSONAJE.—No te hará falta.

JOHNSON.—¿Y qué encontraré allí?

PERSONAJE.—Ignoro qué cosas han iluminado tu mente y tocado tu corazón.

JOHNSON.—Pero ¿cómo llegaré a ella?

PERSONAJE.—Ese camino te llevará. *(Señala, y* JOHNSON *se vuelve. La pequeña puerta a su espalda está ahora ligeramente abierta y por ella sale una luz dorada, que brilla en la oscuridad de la escena. Oímos débilmente una exquisita melodía.)* Espero que allí seas feliz.

JOHNSON.—*(Tristemente.)* Yo no merezco ser feliz.

PERSONAJE.—*(Con intención.)* Por eso creo que puedes serlo. *(Mientras* JOHNSON *va lentamente hacia la puerta abierta y crecen la luz y la música, desciende el telón y el acto acaba.)*

ACTO TERCERO

Nos hallamos una vez más en el vestíbulo de la casa de JOHNSON; pero ahora, a poco de oscurecer, dos días después del funeral, su aspecto es mucho más acogedor. Por la puerta del salón entran MÍSTER CLAYTON y RICHARD. Van hacia la percha a recoger el sombrero y el abrigo del primero.

RICHARD.—Ha sido muy amable viniendo, míster Clayton.

CLAYTON.—Nada, nada. Era lo menos que podía hacer... Ayudar a que se les arreglen las cosas. *(Pausa, mientras le observa.)* Es extraordinario cómo se parece usted a su padre.

RICHARD.—*(Halagado.)* Lo dice mucha gente.

CLAYTON.—Sí, me lo recuerda como era cuando empezó a trabajar con nosotros. Aunque entonces debía de ser más joven que usted.

RICHARD.—Sí, eso creo.

CLAYTON.—Al principio era un poco descuidado, como todos los jóvenes; pero en cuanto se serenó no hubo nadie más seguro ni de mayor confianza. Precisamente ahora recordaba, ahí dentro, cuando le ascendí la primera vez a tener mesa propia. En aquellos tiempos, eso era en la City toda una pequeña ceremonia... Incluso se servía un vino de honor. *(Del salón llegan* GEORGE NOBLE *y* FREDA; *y* CLAYTON, *dispuesto para irse, mira a* NOBLE.) Supongo que no llevará mi camino, míster Noble.

NOBLE.—No, creo que no.

CLAYTON.—Entonces, me marcho. *(Dando la mano a* NOBLE *y* FREDA.) Mis respetos a su madre, muchacha. Buenas noches.

NOBLE y FREDA.—Buenas noches. *(Salen* RICHARD *y* CLAYTON, *mientras* NOBLE *y* FREDA *se acercan a la percha para recoger el sombrero y el abrigo de* NOBLE, *y este continúa una conversación que se adivina comenzada en el salón.)*

NOBLE.—Sí, Robert era un gran tipo. Siempre lo dije, desde que dejamos de pegarnos de chicos. Me hizo muchos favores.

FREDA.—Me alegra oírtelo.

NOBLE.—*(Recordando de pronto, con énfasis bienhumorado.)* Conste, Freda, que también yo le hice a él uno impagable. La verdad es que, si no, no estarías aquí.

FREDA.—*(Divertida.)* ¿Cómo es eso?

NOBLE.—*(Riéndose.)* Fui yo quien le presentó a tu madre. En un baile... Bueno, de esto debe de hacer ya casi treinta años. Pensa-

ba en ello mientras hablábamos ahí dentro. Es curioso cómo se recuerdan de pronto estas cosas. Casi podría decirte las piezas que tocaron aquella noche. *(Van hacia la puerta.)*

FREDA.—*(Andando.)* Me gustaría que me las dijeses alguna vez, tío George.

NOBLE.—*(Andando.)* ¿Decirte qué?

FREDA.—*(Sonriendo, al llegar a la puerta.)* Cuáles eran las piezas que tocaban aquella noche en el baile. *(Salen. Por el lado opuesto, despacio, entra* JILL, *que se detiene antes de llegar al centro. Sigue de luto, naturalmente, pero no es ya la pálida figura que antes vimos.* FREDA *y* RICHARD, *hablando en voz baja, aparecen por el otro lado.* FREDA *ve de pronto a su madre. Agradablemente sorprendida.)* Pero..., mamá..., pareces otra.

JILL.—*(Sonriendo y haciendo un gesto con la mano.)* Lo sé, nena; y también me siento otra. *(Se le acercan.)* Sé que lo comprendéis. De pronto he visto... con plena claridad... que ahora... todo va bien..., que ya todo va bien... *(Y, mientras sonríe a sus hijos, la luz disminuye rápidamente, la escena se desvanece y volvemos a oír música, en un tono sombrío, que pronto da paso a una deliciosa melodía. Todavía escuchamos la suave melodía cuando aparece la posada, que tiene todo el aspecto—y pronto veremos que los hechos—de un lugar encantador. A un lado desciende una amplia escalera, casi en ángulos rectos a nuestra línea de visión; y debajo de ella, donde forma una pequeña pared frente a nosotros, hay un acogedor rincón con una pequeña mesa y algunas sillas, estanterías empotradas, una ventana con cortinas, unas cuantas fotografías con marco y pequeños cuadros anticuados. Al otro lado se abre un ventanal inundado de luz. Más atrás parece no haber nada..., tan solo la vaga impresión de una alta cortina que sirve de sombría pared de fondo. Entra* JOHNSON, *con un grueso abrigo de viaje y traje de campo, y se quita su sombrero hongo. Tras él aparece el* PORTERO, *fornido y de rostro abierto, trayendo la pequeña maleta de* JOHNSON. JOHNSON *mira a su alrededor, todavía sorprendido, pero ahora de modo agradable.)*

PORTERO.—Voy a poner su maleta y su abrigo donde pueda tenerlos a mano cuando los necesite.

JOHNSON.—*(Dándole sombrero y abrigo.)* Gracias.

PORTERO.—Buen abrigo, míster. Y no le estorbará, porque aquí refresca por las noches. Esto es muy alto, ¿sabe? Muy alto, míster Johnson.

JOHNSON.—*(Sorprendido.)* ¿Cómo sabe mi nombre?

PORTERO.—*(Sonriendo.)* Le esperábamos.

JOHNSON.—Es que no me explico cómo podían estar esperándome.

PORTERO.—*(Quizá más ladino de lo que parece.)* ¿Cómo, míster? ¿Es que no le gusta que le esperen?

JOHNSON.—Sí... A todos nos gusta.

PORTERO.—*(Como zanjando la cuestión.)* Bueno, el caso es que ya le tenemos aquí. (JOHNSON *le mira, confundido, y da algunos pasos, observando a su alrededor. Entonces se da cuenta de que el* PORTERO *sigue esperando, y empieza a rebuscar en los bolsillos.)*

JOHNSON.—Perdone... No llevo nada encima.

PORTERO.—*(Acercándose de nuevo.)* No se preocupe, míster. Aquí no se admite dinero. ¿De qué nos serviría? Pero... hay otros modos de dar las gracias.

JOHNSON.—*(Mirándole.)* No le comprendo. *(Con súbita revelación.)* Un momento... Yo le conozco.

PORTERO.—*(Halagado.)* Ah... Eso es hablar, míster. Y eso es lo que aquí agradecemos. Nada de dinero..., solo lo que acabo de ver..., cómo se ha alegrado su cara.

JOHNSON.—*(Triunfante.)* ¡Ya sé! ¡Ya sé!

PORTERO.—*(Riéndose.)* ¿Está seguro, míster?

JOHNSON.—Sí, claro que lo estoy... Usted es Jim Kirkland.

PORTERO.—¡Exacto, míster! ¡Ha dado en el clavo!

JOHNSON.—*(Feliz al recordar.)* ¡Ah, Jim! Usted fue uno de mis grandes héroes. Recuerdo cuando mi padre me llevó al partido a Lancashire, para mi cumpleaños... Tendría yo unos doce... Y le vi hacer ciento setenta y ocho tantos sin un fallo. ¡Qué modo de jugar! Lo recuerdo como si lo estuviese viendo. Era una mañana de julio, cálida y brumosa, y todavía me parece oler el alquitrán en las calles. Noto el gusto de la cerveza que tomé. Y veo su bate brillando al sol. ¡Qué día, Jim Kirkland!... *(Le estrecha la mano con entusiasmo infantil.)* Este es un gran momento para mí.

PORTERO.—Me siento orgulloso y feliz, míster. Orgulloso y feliz.

JOHNSON.—Hay un poema sobre los viejos jugadores de cricquet. ¿No lo conoce? ¿Cómo es el final?: «Mientras los nuevos ídolos triunfan, —oh mi Hornby y mi Barlow, tan lejanos.»

PORTERO.—Así es, míster. Bien... *(Como a punto de marcharse.)*

JOHNSON.—¿Pero qué está usted haciendo aquí?

PORTERO.—*(Sonriendo.)* Recibiéndole, míster. *(Confidencial.)* Este es un sitio delicioso, ya lo verá.

JOHNSON.—*(Bajando la voz.)* Lo sé. Mire esa ventana. La vista cambia a cada instante. *(Mira hacia el rincón de la escalera, y al momento lo ilumina una cálida luz que hace resplandecer los pequeños cuadros y fotografías.)* Y estoy seguro de que algunos de esos cuadros... *(Se acerca a examinarlos.)* Vaya, si es la foto que nos sacaron en el colegio. Hacía más de treinta años que no la veía. *(Mira las otras.)* Y esta estaba en casa, en mi cuarto. Y esa también. No..., era en el de mi abuelo... Me pasaba las horas mirándola... ¡Dios bendito! Las conozco todas, todas. Esto lo compré yo mismo, fue el primero que tuve... Me costó doce chelines y medio en una tiendecilla de lance. Tiene razón, Jim... *(Se vuelve.)* Esto es un... *(Pero el* PORTERO *se ha marchado.* JOHNSON *está aturdido. Oímos muy débilmente el tema de la oración de los niños de la ópera de*

Humperdinck. JOHNSON *se sienta; y ahora suena una* VOZ DE MUJER, *leyéndole a un niño.)*

VOZ DE MUJER.—Cerca de un gran bosque vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos. El niño se llamaba Hansel y la niña Gretel. El leñador era muy pobre, y una vez en que hubo una gran hambre en el país no podía dar de comer a su mujer y a sus hijos...

JOHNSON.—*(Con vehemencia inconsciente.)* ¡Madre! *(Pero la voz ha cesado. Aparece un camarero menudo, con el pelo blanco y una graciosa cara de manzana enharinada, que desde la primera ojeada nos recuerda a un viejo «clown». Tiene una de esas voces ronquillas y castizas que hallamos en tantos viejos cómicos, y se llama* ALBERT GOOP.)

ALBERT.—Usted es míster Johnson, ¿verdad?

JOHNSON.—Sí.

ALBERT.—*(Sonriendo.)* Lo encontrará todo dispuesto, míster, en cuanto lo desee. Mistress estuvo aquí antes, explicándome sus gustos.

JOHNSON.—*(Sorprendido.)* ¿La mistress?

ALBBERT.—Sí, míster. Su mistress. *(Ahora con aire deliberadamente cómico.)* De modo que lo encontrará todo dispuesto. Digo que lo encontrará todo dispuesto.

JOHNSON.—*(Mirándole.)* Digo... Eh..., un momento.

ALBERT.—*(Incapaz de esperar.)* Albert Goop, de las pantomimas del viejo Teatro Real.

JOHNSON.—*(Triunfante.)* ¡Pues claro!

ALBERT.—*(Casi representando su viejo número.)* Bien, míster. Y no olvide el bastoncito. *(Saca uno.)* Digo que no olvide el bastoncito.

JOHNSON.—Usted solía hacer de barón en «Cenicienta» y de capitán del barco de «Robinson Crusoe», y llevaba siempre su bastoncillo, y repetía las cosas. De niño me pasaba las horas imitándole. ¡Todos le adorábamos!

ALBERT.—*(Ahora plenamente en escena, con pasos de baile y todo.)* Todas las Navidades, en el viejo teatro Real de Longfield, allí estaba Albert con su bastón y una gran nariz roja. Digo que allí estaba Albert con su bastón y una gran nariz roja. ¡Ah, tiempos felices, tiempos felices!

JOHNSON.—¡Dios mío! ¡Cómo contaba yo las semanas que faltaban para ir a las pantomimas y verle otra vez!

ALBERT.—*(Con un gracioso paso.)* Muchísimas gracias. *(Ahora* JOHNSON *repite sus palabras, y le acompaña en el paso.)* Digo que muchísimas gracias (JOHNSON *ríe. Después mira asombrado por la ventana y muestra su entusiasmo como un colegial.)*

JOHNSON.—Albert... He visto claramente una diligencia bajar por ese camino... y juraría que iban en ella míster Rickwick y Sam Weller... Yo creo que el cochero era el mismísimo Weller, tan viejo y gordiflón. ¿Qué le parece eso, Albert?

ALBERT.—No me sorprende. Digo que no me sorprende. Por esa

ventana se puede ver todo. Yo vi una vez a medio censo del antiguo Middlessex... Dan Leno, Knowles, Lottie Collins... A todos... Y después desaparecieron como una bocanada de humo. Digo que desaparecieron como una bocanada de humo.

JOHNSON.—Por Júpiter, Albert, ¿sabes que Jim Kirkland tenía razón? Este sitio es formidable.

ALBERT.—¿Formidable? No hay nada mejor. Y la cosa todavía no ha empezado para usted. Espere... Digo que espere.

JOHNSON.—¿Que espere qué, Albert?

ALBERT.—No haga preguntas, míster. Límitese a dejar que pasen cosas. Es la manera de bandearse aquí, míster... Simplemente, dejar que pasen cosas.

JOHNSON.—Entonces espararé por la mistress.

ALBERT.—A ella le encantará. Digo que a ella le encantará. *(Están al pie de la escalera, y desde arriba llega la voz de un chico. Ambos miran hacia allí.)*

VOZ DEL CHICO.—Bueno, ¿y dónde está? Quiero hablar con él.

JOHNSON.—*(Sobresaltado.)* Pero si es la voz de Tom...

ALBERT.—¿De su hermano, míster?

JOHNSON.—Sí; pero lo mataron en la guerra...

ALBBERT.—*(Desconcertado.)* ¿La guerra? ¿Qué guerra? (TOM *llega corriendo escaleras abajo. Es un apuesto muchacho de unos quince años, vestido al estilo de hace treinta y cinco.)*

TOM.—¡Hola, Bob! Levanta el campo, Albert. Esto es asunto privado. *(Sale* ALBERT.) ¡Cuánto has tardado, Bob! ¿No sabías que no hay nada como esto? Siempre haciéndome esperar, cabezota.

JOHNSON.—*(Lentamente, confidencial.)* Lo siento, Tom. No pude... Bueno, creo que no sabía el camino...

TOM.—*Señalando la ventana.)* ¡Mira allí!

JOHNSON.—*(Mirando.)* Pero... si es lo que veíamos desde nuestro cuarto en aquella granja donde pasamos los tres veranos. Mira... los almiares..., el camino en cuesta..., el estanque donde teníamos la balsa... Y aquel carro viejo...

TOM.—Del que te caíste, grandísimo zoquete.

JOHNSON.—*(Otra vez niño.)* Y tú, que te caíste al estanque... *(Cuando vuelve a mirar, oímos la música que* JOHNSON *escuchó en la oficina y suena de nuevo la voz femenina, aguda y monótona.* JOHNSON *escucha. Después habla muy despacio.)* No es la primera vez que lo oigo, en los lugares más extraños, y solo unos instantes. Pero ahora creo que este es su sitio y no ninguno de los anteriores.

TOM.—¿De qué hablas?

JOHNSON.—¿No lo has oído?

TOM.—No he oído nada. ¡Eh!..., mira quién está aquí... (MORRISON, *un maestro de mediana edad y aspecto agradable, con una vieja chaquetilla de franela y fumando en pipa, acaba de entrar en el rincón de la escalera, donde otra vez se enciende la luz acogedora.)*

JOHNSON.—*(Volviéndose.)* ¡Míster Morrison!

MORRISON.—*(Fríamente.)* ¡Caramba! Los dos Johnson juntos.

TOM.—Sí, míster; pero yo ya me iba. Hasta luego, Bob.

JOHNSON.—*(Con súbito apuro.)* ¡Tom!

TOM.—*(Jovial, subiendo a toda prisa las escaleras.)* Hasta luego, cabezota; te veré más tarde. Tengo que hablarle a Albert de un tentempié que me prometió.

JOHNSON.—*(Yendo al pie de las escaleras y llamando, angustiado.)* ¡Tom! ¡Tom!

MORRISON.—*(Mientras* JOHNSON *se le acerca lentamente.)* Tom está harto de verme Creo que no le gustan los maestros, ni siquiera fuera del horario. *(Pausa. Después, notando la angustia de* JOHNSON.) Bueno, ¿qué te preocupa, Robert!

JOHNSON.—*(Haciendo un esfuerzo.)* Fue solo... el ver otra vez a Tom... después de tanto tiempo...

MORRISON.—Ese tiempo no existe aquí, ¿sabes? Lo habrás traído contigo. Este es un sitio extraño, Robert. ¿Te fijaste en los libros?

JOHNSON.—*(En tono infantil.)* No, míster.

MORRISON.—*(Sonriendo.)* Y me imaginaba haberte enseñado a apreciar la buena literatura... Echa una ojeada.

JOHNSON.—*(Acercándose a la estantería.)* Pero si son los míos... Aquí está mi viejo «Quijote» *(Pasando las hojas.)* Y estos grabados... Recuerdo la primera vez que lo leí. Era por Navidad, una auténtica Navidad con nieve, y yo estaba en la cama, resfriado... Y me recuerdo allí acurrucado, bien caliente, con la nieve creciendo en la ventana y una luz fría y azul que iba apagándose, mientras veía por vez primera estos dibujos... *(Mientras habla, con el libro en la mano, la luz del rincón disminuye rápidamente, un resplandor lunar penetra por la ventana opuesta y oímos el repique de una lanza en el antepecho. Al momento, aparece allí* DON QUIJOTE, *con su vieja armadura, pero sin yelmo, blancas la barba y la cabellera, y el fantástico rostro alargado recortándose a la luz, que también ilumina la cara de* JOHNSON *al acercarse.)*

DON QUIJOTE.—*(Con gravedad.)* Pido perdón a vuesas mercedes, pero esta noche ha de depararme una de las más famosas y nunca vistas aventuras, pues la región es abundante en malvados encantadores y hay en ella grandes entuertos que enderezar.

JOHNSON.—*(Acercándose, excitado.)* ¡Sí, el mismo! No me conoce, Don Quijote, pero yo sí le recuerdo.

DON QUIJOTE.—Paréceme recordar a un muchachuelo que vi en cierto aposento de una pequeña casa, a muchas leguas de aquí, una noche de invierno.

JOHNSON.—*(Vivamente.)* Sí, ese chico era yo. Pero no creí que me recordase.

DON QUIJOTE.—*(Con noble aliento.)* Señor, vuestra imaginación, vuestra memoria de nosotros, el afecto que nos profesáis, esa es nuestra vida... La única que tenemos.

JOHNSON.—Creo que lo entiendo.

DON QUIJOTE.—Vuestro altísimo poeta dijo una vez que los me-

jores de nuestra especie no son sino sombras, aunque pienso que bien se le alcanzaba que los de la vuestra—que tan de bulto os parecen durante un breve tránsito—sombras son igualmente. Acaso también vosotros tomáis vida de la mente que os contempla, a vosotros y a vuestra pequeña historia; de suerte que vivís, como nosotros, en la imaginación, la memoria y el afecto de otro ser superior. *(Pausa.)* ¿Notáis en mí algún cambio?

JOHNSON.—*(Cortés, dudando.)* Pues... quizá parece usted un poco más viejo.

DON QUIJOTE.—*(Con tristeza.)* Sí. Eso es que estamos siendo olvidados. Somos sombras incluso para las sombras, personajes de un sueño dentro de otro sueño.

JOHNSON.—*(Con sentimiento.)* Me alegra haberle visto de nuevo, Don Quijote.

DON QUIJOTE.—*(En tono nuevo y vibrante.)* Señor, la vida tomo de ese vuestro recuerdo. Si llegáis a toparos con Sancho, mi escudero, decidle que al instante me siga por el camino real. Queden con Dios vuesas mercedes. *(Saluda y desaparece. La brillante luna se va con él, y* JOHNSON *vuelve a hallarse en el rincón iluminado, mirando los libros.)*

JOHNSON.—Sí, sí; son todos los míos. Los cuentos de Grimm: «Las mil y una noches» que pinté de colores; el Shakespeare que leíamos en el colegio... *(Mientras está con* MORRISON, *hojeando los libros, voces masculinas y femeninas que no provienen de ningún lugar determinado declaman pasajes famosos.)*

UNA VOZ.—

Tempraneros narcisos
preludian la atrevida golondrina
a los vientos de marzo empavesando...

OTRA VOZ.—

¿Nadie querrá decirme lo que canta?
Quizá brotan sus quejas por sucesos lejanos,
por viejas e infelices aventuras
y batallas remotas...

OTRA VOZ.—

Muere el día; lenta la luna asciende; los océanos
multiplican su llanto. Pronto, amigos,
aún es tiempo de hallar un mundo nuevo...

OTRA VOZ.—Loar no puedo la virtud fugitiva y reclusa, sin esfuerzo ni aliento, que jamás sale al mundo para plantarle cara a su adversario...

OTRA VOZ.—Nunca se soltará el cordón de plata ni la copa de oro será rota... Los hombres han de soportar las jornadas futuras como ya soportaron las pasadas: La madurez lo es todo...

OTRA VOZ.—El Señor es mi pastor; no me veré desamparado.

JOHNSON.—*(Sentándose despacio, pesaroso.)* Qué ignorante y

qué necio he sido durante todos estos años, desde la última vez que nos vimos. Porque usted me enseñó hace mucho tiempo que en esas voces, que al momento acuden si las llamamos, podría hallar belleza y sabiduría; y aunque lo recordaba, y a veces, cuando los negocios no eran acuciantes y el placer empezaba a amustiarse, volvía a oír sus ecos, nunca les pedí que me entregasen su tesoro. Pero siempre presentía un futuro en el que al fin podría sentarme junto al fuego y escucharlas de nuevo; y ahora parece que ese tiempo ya no existe para mí; solo esta breve hora última...

MORRISON.—No importa, Robert. No sabemos lo que es el Tiempo, y mucho menos cómo estará dividido para nosotros. Y este no es el confín de la belleza. *(En tono más aniñado.)* Me alegra volver a verte, Robert.

JOHNSON.—*(Otra vez niño, tímidamente.)* Y a mí verle a usted. Siempre le quise mucho, ¿sabe?

MORRISON.—*(Sonriendo.)* De lo contrario, no estaría yo aquí. Bueno..., tengo que marcharme. *(Al salir* MORRISON, *llega por el rincón de la escalera un barman de chaquetilla a rayas con dos vasos de vino en una bandeja. Se aproxima a* JOHNSON *mientras este ve alejarse a* MORRISON.)

BARMAN.—¿Conque ya tenemos aquí a míster Johnson? ¿Un vasito de vino?

JOHNSON.—*(Volviéndose.)* Sí, gracias. Me parece que le he visto a usted antes, en alguna parte.

BARMAN.—Apostaría a que no lo recuerda, míster Johnson. Se lo decía a Albert cuando le pedía que me dejase traer esto, para hacer algo por usted. Le decía: «Apuesto a que no me recuerda.»

JOHNSON.—Era en una calle..., una noche de lluvia...

BARMAN.—Caliente, míster, caliente. Yo estaba en las últimas, y había ido a un lugar cerca de Cheapside para intentar conseguir una plaza de guarda. No me la dieron y estaba a punto de tirarme al río. Entonces le paré y le pregunté si podría darme una moneda.

JOHNSON.—Sí, ahora lo recuerdo. Aquel día me habían ido bien las cosas en la oficina.

BARMAN.—Eso me dijo cuando me la dio. Y aquellos diez chelines lo cambiaron todo. Calmaron mi desesperación, y después los gasté en un billete de tren para ir a ver a mi hermana, y su marido me encontró un trabajillo, y volví a empezar. A los pocos meses era un hombre completamente distinto del que le paró a usted aquella noche. Todo por aquella media libra, míster Johnson.

JOHNSON.—Sí, ¿pero cómo sabe usted mi nombre?

BARMAN.—*(Riéndose.)* ¡Ah! Hay pocas cosas que aquí no sepamos. Bueno, míster Clayton pidió estos dos vasos de vino.

JOHNSON.—*(Sorprendido.)* ¿Míster Clayton?

BARMAN.—Sí, señor. ¿Es su jefe, no?

JOHNSON.—Lo era.

BARMAN.—¿Y también su amigo, antes del fin?

JOHNSON.—Sí, también mi amigo.

BARMAN.—*(Riéndose.)* No estaría aquí, si no. Ahí lo tiene. *(Y allí está, no el* CLAYTON *que encontramos en el «hall» naturalmente, sino otro veinticinco años más joven, vestido como un hombre de negocios de la preguerra. Viene del mejor humor, todo sonrisas.)*

CLAYTON.—¡Ah!..., gracias. *(Sale el* BARMAN. JOHNSON *y* CLAYTON *cogen sus vasos.)* Bueno, Johnson, me alegro de que podamos tomar una copa juntos.

JOHNSON.—*(Tímido, de nuevo en meritorio.)* Es usted muy amable, míster Clayton.

CLAYTON.—Nada, nada. Ya sabe que es nuestra costumbre.

JOHNSON.—*(Avidamente, esperanzado.)* ¿No querrá usted decir...?

CLAYTON.—Sí, mi querido amigo. *(Alzando su vaso.)* ¡Por la casa!

JOHNSON.—*(Imitándole.)* ¡Por la casa! *(Beben.)*

CLAYTON.—*(Sentándose.)* Sí, Johnson. Su período de prueba ha terminado. Todos pensamos que ha trabajado usted muy bien. Todos le queremos. Y ahora, me satisface decirle que puede considerarse definitivamente miembro de la plantilla londinense de Bolt, Cross y Clayton. Y será solo culpa suya si no está con nosotros mucho tiempo.

JOHNSON.—*(Satisfecho.)* Espero estarlo, señor.

CLAYTON.—También lo espero yo. De ahora en adelante tendrá, claro está, su propia mesa, y la dirección ha decidido aumentarle el sueldo, de acuerdo con la costumbre..., a... setenta y cinco libras al año.

JOHNSON.—*(Encantado.)* Gracias, señor. Trataré de hacer cuanto pueda por la casa.

CLAYTON.—Es lo único que le pedimos, Johnson. Vamos a ver... ¿No está casado?

JOHNSON.—*(Tímido.)* No, míster Clayton.

CLAYTON.—Pero ¿piensa hacerlo?

JOHNSON.—*(Sonriendo con embarazo.)* Pues... no..., todavía no, señor. Aún no la he encontrado.

CLAYTON.—*(Jovial.)* La encontrará, Johnson, la encontrará. Creo que tiene usted madera de casado. *(Levantándose.)* Bueno, le deseo mucha suerte. No le retengo más. Supongo que querrá bailar.

JOHNSON.—*(Confuso.)* ¿Bailar? *(Cambian las luces; y ahora la escalera y todo el espacio tras ella están bañados en una claridad verde azulada con algo de fantasmal, aunque no ensombrecida ni amortiguada. La orquesta toca suavemente el «Vals azul». Chicas y chicos, con trajes de noche y etiqueta de la anteguerra, descienden por las escaleras riendo y flirteando y se aleja al campás del baile. El último en bajar es* GEORGE NOBLE, *ahora un espigado joven de poco más de veinte años, con un vaso de sangría en la mano.)*

CLAYTON.—Vamos, no se lo pierda. *(Sale, riéndose, y la acogedora luz del rinconcito se apaga. Pero el lugar donde se encuentra* NOBLE, *junto al final de la escalera, está ahora fuertemente iluminado, y allí se acerca* JOHNSON. *La luz verde azulada ha desaparecido.*

Solamente podemos ver a JOHNSON *y* NOBLE, *pero todavía escuchamos, muy débilmente, el «Vals azul».)*

NOBLE.—*(Con excitación.)* Bueno, Bob, ahora no dirás que nunca te ayudo.

JOHNSON.—*(Confundido.)* Está bien. No lo diré. Pero ¿por qué, George?

NOBLE.—No seas zoquete. Me pediste que descubriese quién era esa chica y ya lo tengo.

JOHNSON.—*(Confuso.)* ¿Quién era esa chica? *(Pero de pronto vuelve a ser joven, en aquel baile, esperando a saber quién es ella.)* Sí, claro. Perdona, George. ¡Buen trabajo! Dime, ¿quién es? ¿En dónde vive?

NOBLE.—Eso está mejor. Ahora que lo he conseguido, pensé que ibas a tener el tupé de decirme que no te importaba y que no estabas chiflado por esa chica no hace ni media hora.

JOHNSON.—*(Con apremio.)* ¡Vamos! ¿Quién es ella?

NOBLE.—Se llama Jill Gregg. Su madre es viuda, y viven en Richmond.

JOHNSON.—*(Lentamente, maravillado.)* Jill Gregg... ¡Jill!

NOBLE.—Y me la han presentado y ahora puedo yo presentártela. ¿Eh? ¿Qué más quieres?

JOHNSON.—*(Vivamente.)* Nada..., solo que me lleves a donde está.

NOBLE.—Te llevaré. Pero si no te veo muy decidido, seré yo mismo quien te desbanque. Y si no, no faltará quien lo haga; sobre todo un pollo con mostacho de húsar que no la deja ni a sol ni a sombra.

JOHNSON.—*(Alegre.)* No es enemigo. Te lo voy a demostrar.

NOBLE.—Está bien. Métete esto en la cabezota: Nos encontraremos junto al cenador dentro de unos diez minutos. La tendré allí esperándote..., aunque tenga que tirar al del mostacho por la ventana.

JOHNSON.—*(Con entusiasmo.)* George, eres una alhaja.

NOBLE.—Ya lo sé. Y no es que piense que vas a conseguir algo. Demasiada clase para ti, chico..., ya lo verás. Pero puedes probar, junto al cenador dentro de diez minutos. *(Sale* NOBLE, *marcando los pasos del vals.* JOHNSON *se adelanta, mientras las luces empiezan a apagarse al pie de la escalera y se encienden en el rincón donde están la mesa y las sillas.)*

JOHNSON.—¡Qué gran chico este George! *(Despacio, saboreándolo.)* Jill, Jill Gregg... Jill... Richmond... *(Exultante, como recordando algo.)* ¡Sí, sí; mi Jill! *(Al rincón llega ahora un médico pequeñito y barbudo, vestido a la moda de 1914, colocando todavía su instrumental en el maletín negro.)*

MÉDICO.—*(Con seriedad burlona.)* Míster Johnson...

JOHNSON.—*(Adelantándose, ahora el joven marido lleno de ansiedad.)* Sí, doctor.

MÉDICO.—¿No le dije que desapareciese por unas horas..., que se fuera a dar un paseo, a jugar al billar... o a emborracharse?

JOHNSON.—*(Disculpándose.)* Es cierto, pero me fue imposible. Tuve que volver. *(En el colmo de la ansiedad.)* Doctor..., ¿es..., va..., irá todo bien?

MÉDICO.—*(Tomándole el pelo.)* Ya le dije que no hay que ser tan desconfiado. Su mujer es una joven fuerte y saludable que está cumpliendo con lo que la naturaleza le pide.

JOHNSON.—*(Sombrío.)* Sí. Pero la naturaleza puede pedirle a uno una cosa y dejarle después en la estacada.

MÉDICO.—*(Sin darle importancia.)* ¡Ah!..., ahí es donde interviene la ciencia. *(En tono de charla intrascendente.)* No me gusta cómo van las cosas en Irlanda. Los funcionarios diciendo que no obedecerán a su Gobierno... ¿Es que puede admitirse esto? Aunque siempre he sido partidario de la autonomía. ¿Y usted?

JOHNSON.—*(Sin lograr encajarlo.)* Pues... yo no...

MÉDICO.—*(Viendo su oportunidad.)* ¡Vamos, vamos, míster Johnson! Un hombre de su posición debe interesarse más por estas cosas. Nosotros los padres...

JOHNSON.—*(Tambaleante.)* ¡Los padres! ¿Es que... ya?

MÉDICO.—Pues claro. Un chicote... Cerca de ocho libras.

JOHNSON.—*(Excitadísimo.)* ¡Eureka! ¿Y cómo está Jill..., mi mujer?

MÉDICO.—*(Sonriente.)* Perfectamente. Lo ha llevado muy bien. *(Serio de pronto.)* Pero no podrá verla hasta que se lo diga la enfermera. *(En la puerta.)* Ahora tiene que ser sensato.

JOHNSON.—*(Aliviado y triunfal.)* ¡Sensato! ¡Al diablo la sensatez! Me siento capaz de arrancar un roble. *(El* MÉDICO *se ha ido y la luz del rincón se desvanece.)* Jill está bien... Y un chico... ¡Un chico de ocho libras! Pero ¡si... es exactamente lo que ella quería! Y ahora una niña... Sí, tiene que tener una niña. Primero el niño... después una niña... *(Mientras dice esto, una brillante luz solar irrumpe por la ventana, y enmarcados en ella aparecen* RICHARD *y* FREDA, *alegres en sus trajes de vacaciones, y quizá algunos años más jóvenes que en las escenas del vestíbulo. Llenos de gozo, llaman por la abierta ventana.)*

RICHARD.—¡Eh, eh, papá!

FREDA.—*(Alegremente.)* No te hagas el desentendido.

JOHNSON.—*(Volviéndose a mirarlos.)* Un momento... *(Porque todavía no los reconoce.)*

RICHARD.—¡Vamos, papá; no seas bromista!

FREDA.—*(Con excitación.)* Llegamos hasta la cima y se ven cientos de millas. ¿Verdad, Dick?

RICHARD.—*(Que se cree un realista.)* Bueno..., unas cincuenta.

FREDA.—¡Que va, mucho más! Y era muy difícil subir...

RICHARD.—*(Riéndose.)* Si la hubieses oído chillar...

FREDA.—*(Indignada.)* Fue solo porque se me rompió una media; lo sabes de sobra.

RICHARD.—Bueno, reconozco que se portó muy bien.

FREDA.—¡Qué día hemos pasado! Solo nos faltabas tú. *(Pausa.)* ¿Qué te ocurre?

JOHNSON.—*(Que se ha acercado.)* Perdonen. Estaba pensando... Son ustedes una pareja estupenda... Exactamente lo que...

RICHARD.—Vamos, papá, déjate de cosas.

FREDA.—No bromees, papá.

JOHNSON.—*(Como ante un amanecer.)* ¿Sois mis hijos?

FREDA.—Claro que lo somos.

JOHNSON.—*(Presuroso.)* Sí, sí, tenéis que serlo. ¿Qué cosa tan grande, verdad? Siento haber sido tan estúpido.

FREDA.—¿No tenías ganas de vernos?

JOHNSON.—Claro que sí. Os aseguro que es... tremendo. Entrad, entrad de una vez y contadme.

RICHARD.—No, papá.

FREDA.—Quedamos en que esta noche no.

RICHARD.—Hoy sería un estorbo.

JOHNSON.—*(Extrañado.)* Es cierto. ¿Cómo lo sabéis?

FREDA.—Sabemos que cuando estáis juntos no nos necesitáis.

JOHNSON.—¿Juntos?

FREDA—*(Con entusiasmo.)* Sí. Pero mañana pasaremos todos un día estupendo.

RICHARD.—*(No menos entusiasta.)* Saldremos nada más desayunar y no dejaremos montaña por recorrer.

JOHNSON.—*(Dubitativo.)* ¿Mañana?

RICHARD.—*(Lleno de certeza.)* Sí, mañana. ¿No crees en el mañana?

FREDA.—*(Riendo.)* Mañana será otro día... *(Se interrumpe al ver algo en el rostro de* JOHNSON. *Afectada.)* ¿Qué te ocurre, padre?

JOHNSON.—*(Lentamente.)* ¡Padre! ¡Qué extraño resulta! ¡Y qué terrible también!

FREDA.—¡Háblanos..., por favor! Nos cuentas tan pocas cosas...

RICHARD.—Es cierto, papá. No seas tan serio, tan retraído...

JOHNSON.—Nunca me sentí serio y retraído. Desde que dejasteis de ser niños, mi mal ha sido la timidez. A veces resultaba incluso gruñón, no por mi voluntad, sino porque me era imposible hallar la inteligencia y el valor para deciros lo que deseaba. ¿Querréis perdonarme?

FREDA.—Pero si no hay nada que perdonar... De sobra sabíamos cuáles eran tus sentimientos.

RICHARD.—¿No te ocurría igual con tu padre?

JOHNSON.—*(Lentamente.)* Sí, creo que sí. Pero vosotros y yo debimos decirnos muchas cosas donde no hubo más que silencio o palabras vanas. Os hubiese hablado más de haberme creído en posesión de algún saber auténtico. Pero me daba cuenta de que tenía muy poco que deciros que valiese la pena. Pienso que acaso habéis encontrado ya un discernimiento que yo nunca tuve, que quizá habéis dado con la clave que siempre me faltó, la clave de todo, el secreto...

FREDA.—*(Vivamente, mientras la música toca un aire dulce.)* Existe un secreto, ¿verdad? Es como vivir en una casa en la que

hay oculto un tesoro. Sí, papá. Tienes la misma sensación que yo.

RICHARD.—Os comprendo. Y creo que he descubierto algo.

FREDA.—*(Con excitación.)* ¿Es posible, Richard? Pero no me lo cuentes ahora. Ya hablaremos todos de ello... mañana.

RICHARD.—*(Vivamente.)* ¡De acuerdo! Mañana, ¿eh, papá?

JOHNSON.—*(Lenta y penosamente.)* Sí... Será... mañana. *(Calla un momento. Después, con dulzura.)* Adiós, hijos.

RICHARD.—Adiós, no...

FREDA.—*(Suavemente.)* Solo... buenas noches, papá. *(La luz disminuye rápidamente tras de ellos y parece como si alguien los arrebatase.)*

JOHNSON.—*(En el mismo tono.)* Buenas noches, Richard. Buenas noches, Freda. Buenas noches. *(Se han ido y la ventana queda a oscuras. Pero ahora vuelve la luz al rinconcito bajo la escalera, y mientras* JOHNSON *permanece en pie, llega* ALBERT GOOP, *tan zaragatero como de costumbre, para quitar los vasos antes de poner la mesa.)*

ALBERT.—¿Lo encuentra todo a su gusto, míster? ¿Qué le parece este sitio?

JOHNSON.—*(Sentándose, pausado.)* Ahora lo reconozco, Albert.

ALBERT.—¿Es que lo ha visto antes?

JOHNSON.—Sí; lo he entrevisto muchas veces, despierto y en sueños. Pero siempre he estado aquí poco tiempo..., muy poco tiempo.

ALBERT.—*(Con plácida risa.)* Eso es lo malo, míster.

JOHNSON.—*(Muy pausado.)* A veces lo veía desde muy lejos; solo el humo que de aquí se elevaba al final de un día feliz. Otras, cuando ya me acercaba y me abrían la puerta, todo se desvanecía, dejándome aturdido entre el rechinar de las ruedas de la existencia. Pero el sitio seguía aquí, esperándome.

ALBERT.—Así es, míster. Digo que así es. Siempre esperándole.

JOHNSON.—Sé que no puedo quedarme mucho tiempo. En seguida tendré que marcharme. Y todavía falta algo, alguien... Esto no basta. Sigue habiendo un vacío.

ALBERT.—*(Riéndose, mientras se afana con los vasos.)* Sí. ¿Y por qué, míster? Porque empieza a sentirse solo. Bien, eso está muy bien. Digo que eso está muy bien. «Ellos» lo saben; de manera que se limitan a hacerle esperar lo conveniente. Algunos llaman a esto su astucia. Y lo es hasta cierto punto... Pero yo digo que «ellos» saben muy bien lo que a cada hombre le conviene, ¿comprende, míster? Fíjese en cómo empezó la cosa..., allá en el Paraíso. ¿Qué pintaba allí Eva al principio? En cambio, espera un poco hasta que él se siente solo, entonces aparece y hace como que acaba de llegar. «Ellos» lo saben. Digo que «ellos» lo saben. *(Disponiéndose a marchar.)* Bueno, míster; todo dispuesto cuando lo desee. *(Mientras se aleja.)* Digo que todo dispuesto cuando lo desee. *(Se detiene, al oír ruido escaleras arriba.)* Es ella, míster. Ya lo verá. (ALBERT *se retira, entre risitas.* JOHNSON *va al pie de la escalera y mira hacia arriba. Empieza la música, al principio sua-*

vemente y después pujante y arrolladora. La nebulosa luz que flota sobre la escalera se hace más fuerte cuando aparece JILL, *descendiendo lentamente, radiante, vestida de cualquier modo que le siente muy bien.* JOHNSON *la contempla arrobado. Ella se detiene a dos tercios de su camino y le sonríe.)*

JILL.—¿Quién soy yo, Robert?

JOHNSON.—*(Despacio al principio, pero con creciente excitación.)* Tú eres Jill, mi mujer. Y eres Jill, la madre de mis hijos. Y Jill, la muchacha que vi por vez primera en un baile hace cerca de treinta años. Y aquella otra, la chica que no había ido todavía a aquel baile, que no me había visto nunca, y que quizá soñaba con un novio y un marido tan diferentes... Eres todas esas, y aún más; incluso más que la Jill joven y feliz que fue conmigo a aquel viaje de bodas a Suiza... Eres la Jill esencial, a la que siempre estuve encontrando, perdiendo y volviendo a encontrar. Eres mi amor; la maravilla, el error y la delicia de mi corazón.

JILL.—*(Descendiendo lentamente hasta él.)* Soy feliz porque al fin dices todo eso. Y, como tú, me siento en paz. ¡Qué extraño! No tenemos más paz que vosotros; pero cuando halláis en nosotras la paz, también nosotras la encontramos. Quizá por eso creó Dios hombres y mujeres. *(Se vuelve hacia la ventana, por la que entra a raudales la luna.)* ¡Mira! ¿Qué ves?

JOHNSON.—*(Maravillado y feliz.)* Otra vez se alza la luna sobre el lago y están en sombras las montañas.

JILL.—Pero las cimas empiezan a teñirse de plata.

JOHNSON.—Es el mismo lago.

JILL.—Recuerdo cada pico de las montañas.

JOHNSON.—Solo pasamos aquí quince días.

JILL.—*(Pesarosa.)* Menos... Doce y medio.

JOHNSON.—*(Feliz.)* Nos sentábamos en la galería, noche tras noche, a ver salir la luna.

JILL.—Había algo en ese lago... que siempre me llegaba al corazón... como tú, Robert.

JOHNSON.—Entonces lo sentía... y quise decírtelo; pero las palabras se me atascaron en la garganta...

JILL.—*(Con alegre reproche.)* Cuántas palabras bonitas se han atascado en esa garganta tuya, Robert.

JOHNSON.—Es verdad. Entonces sentí que, por una vez, el mundo parecía el espejo de nuestros corazones. *(Al paisaje que contemplan.)* Adiós.

JILL.—*(Alarmada.)* ¿Por qué dices eso?

JOHNSON.—*(Apacible.)* Parece que se borra. Será que baja la niebla. ¿Recuerdas que a veces la había? *(Desaparece el resplandor de la luna; pero mientras se acerca aún más a* JOHNSON, JILL *advierte que empieza a penetrar una cálida luz solar.)*

JILL.—*(Mirando afuera.)* ¿Qué ves ahora?

JOHNSON.—*(Fijándose.)* No mucho, todavía. Aunque, aguarda un poco... *(En éxtasis.)* Pero... si es el jardincillo de nuestro «bungalow». El primero que tuvimos.

JILL.—*(Rápidamente.)* Veo mis tres rosales.

JOHNSON.—¿No sigue allí mi vieja tumbona?

JILL.—Sí; y mi cesto de jardinero. Lo orgullosa que estaba, cuando la verdad es que entonces no sabía una palabra de jardinería.

JOHNSON.—Yo solía sentarme allí afuera los fines de semana como si estuviese en medio de una propiedad de quinientos acres. ¡Y cómo cuidaba de nuestro seto!

JILL.—*(Con reproche, trayendo de pronto la escena del pasado al presente.)* Pero ¡Robert..., has vuelto a dejarlo todo tirado! Mira... ese cenicero tan feo, y las pipas, y los periódicos, y ese ridículo sombrero viejo...

JOHNSON.—*(Impaciente.)* Bueno, ¿y qué importa? El jardín es nuestro y esas son mis cosas.

JILL.—*(Alzando el tono.)* Pero hacen tan feo... Cualquiera diría que no nos importa el bien parecer...

JOHNSON.—*(Aún más impaciente.)* Sabemos muy bien que nos importa. Quiero decir, hasta cierto punto... Al fin y al cabo, el jardín es para disfrutarlo, y...

JILL.—*(Interrumpiéndole.)* Sí, me lo has dicho ya un millar de veces. Pero eso no es motivo para que tenga que parecer un cuarto trastero. Lo ve todo el mundo... Y solo Dios sabe lo que dirá mistress Lee.

JOHNSON.—*(Exasperado.)* Pero ¡qué rayos importa lo que diga o deje de decir mistress Lee! En primer lugar, tú misma me dijiste que no podías soportar a esa mujer...

JILL.—*(Con acritud.)* Razón de más para no darle motivos de crítica...

JOHNSON.—*(Casi gritando desde la otra orilla del viejo abismo entre los sexos.)* No veo esa razón. Lo encuentro absurdo.

JILL.—*(Furiosa por la nueva traición.)* Porque tu egoísmo te hace mirarlo todo desde tu propio punto de vista...

JOHNSON.—*(Furioso.)* No, eso no es cierto.

JILL.—*(Que a estas alturas ha sido abandonada por marido e hijos, escarnecida por todos los vecinos y lapidada en las calles.)* ¡Sí, lo es! Nunca piensas realmente en mí... *(Pero, mientras se desafían con la mirada, la luz de la ventana empieza a oscurecerse, como reprochándoselo.* JILL *se vuelve, consternada.)* Oh... se va...

JOHNSON.—*(Desdichado.)* ¡Me está bien empleado, Jill!

JILL.—*(Alegre entre las lágrimas.)* ¡Robert! *(Mientras se consuelan mutuamente, una preciosa luz, cálida e íntima, ilumina el rincón de la escalera.* JILL *ve la mesa, ahora puesta para dos personas, y se acerca, seguida de* JOHNSON. *Contemplando la mesa.)* También recuerdo esto.

JOHNSON.—¿De veras?

JILL.—Sí. ¿Tú no?

JOHNSON.—*(Examinándolo.)* Bueno, supongo que lo recordaría... si alguna vez me fijase en estas cosas. Pero lo encuentro familiar.

JILL.—Es todo de las terceras vacaciones que pasamos casados, cuando Richard acababa de empezar a andar.

JOHNSON.—*(Asombrado.)* ¿Y te acuerdas?

JILL.—Sí, como de todo lo que tiene que ver con nosotros. Calles, casas, mesas, sillas, menús, cuchillos y tenedores. Todo dispuesto para siempre en un país encantado. El nuestro... *(Se han sentado a la mesa, y* ALBERT *llega con una bandeja de espléndidos manjares y una botella de vino.)*

ALBERT.—¡Aquí estamos, míster! Lo que más le gusta, y todo en su punto. Digo que todo en su punto.

JOHNSON.—Sí, Albert. ¡Es magnífico!

ALBERT.—*(Indicando el vino.)* Con los saludos del patrón, míster.

JOHNSON.—Beberemos a su salud, Jill..., ¡a la salud del patrón! *(Beben.)* A propósito, ¿quién es el patrón?

ALBBERT.—*(Confidencial.)* No puedo decirlo exactamente, míster; es la pura verdad. Pero tengo mis sospechas. Digo que tengo mis sospechas.

JOHNSON.—¿Y cuáles son?

JILL.—*(Presurosa.)* No, Robert. No vamos a preocuparnos de eso ahora.

ALBERT.—Tiene mucha razón, mistress. Además, aún no le he dicho lo que él me encargó.

JOHNSON.—¿Que te encargó algo? ¿Para mí?

ALBERT.—Así es, míster. Me dijo: «Pregunta a míster Johnson qué época y lugar le gustaría que fuese este mientras cena.»

JOHNSON.—*(Aturdido.)* ¿Qué época y lugar?

JILL.—Sí, Robert. Puedes elegir. Pero no elijas algo de antes de conocernos... porque me dejarías fuera.

JOHNSON.—¡Dios me libre! *(Piensa.)* Espera... Mi primo George Noble estuvo aquí hace poco y dijo que iba a presentarnos, como en aquel baile de Navidad, hace tanto tiempo...

JILL.—*(Animada.)* ¿La primera vez que nos vimos?

JOHNSON.—Sí. Pensé que volvería a ocurrir todo, pero no fue así. Eso es lo que nos gustaría, Albert.

ALBERT.—*(Marchándose.)* El baile de Navidad... Muy bien, míster.

JOHNSON.—*(Llamando.)* Pero... ¡Albert!

ALBERT.—*(Deteniéndose.)* ¿Míster?

JOHNSON.—Esta vez..., ¿no podrían asistir todos?

ALBERT.—Transmitiré el encargo, míster *(Sale a toda prisa.)*

JOHNSON.—Ya ves, Jill. Ese fue nuestro auténtico principio y vamos a vivirlo de nuevo; pero ahora sabremos lo que de aquí resultó. Seremos como entonces, pero también lo que hemos sido desde entonces; de modo que lo tendremos todo.

JILL.—*(Con burla afectuosa.)* ¡Qué inteligente!

JOHNSON.—Bueno, no me negarás que es una idea estupenda. Veamos... ¿Quién daba aquel baile?

JILL.—*(Pronta.)* Unos tales Williams.

JOHNSON.—Te acuerdas de todo.

JILL.—No es fácil olvidarlo. Y lo divertido fue, como ya te conté, que yo apenas les conocía. Y a ti te ocurría lo mismo, ¿no?

JOHNSON.—Bueno; eran amigos de mi tío, el padre de George Noble. Me fijé en ti en cuanto llegamos. Esperabas a no sé quién. Estuve rondándote hasta ver si alguien nos presentaba...

JILL.—*(Con ternura.)* Lo sé. Y la verdad es que yo no esperaba a nadie. Aunque no es cierto; sí esperaba... esperaba por ti. *(Cuando ella pone una mano sobre la mesa y él se la coge, la orquesta ataca el «Vals azul», las fantasmales luces verde-azuladas iluminan la escena, y toda la compañía avanza bailando desde el fondo. Están los jóvenes que ya vimos y algunos otros, y personas maduras, todos en trajes de noche de hacia 1912. Vemos también a los personajes que han parecido ya en este acto, todavía con la misma ropa; personas como* TOM, CLAYTON, *e incluso* FREDA *y* RICHARD. *Salvo el rincón donde se hallan sentados* JILL *y* JOHNSON, *la escena está llena de estos personajes que bailan.* JOHNSON *se vuelve y los contempla, feliz y agitado como un colegial.)*

JOHNSON.—*(Con creciente excitación.)* Mira... el gran George... El fue quien nos ayudó aquella noche... Caramba, si es Tom... ¿Estaría allí? Puede que sí; aunque... Y míster Clayton... El no estaba, naturalmente... Y Morrison, el de mi colegio... ¡Qué gran idea traerle aquí!... Mira, Jill... qué bien lo está pasando tu madre... ¿Recuerdas qué poca confianza le inspiraba yo al principio? Apuesto a que anda por ahí Don Quijote... Estuve charlando con él... Y mira a Richard, nuestro Richard... ¿Qué te parece, venir a bailar a la fiesta donde se conocieron sus padres?...

RICHARD.—*(Llamando desde el enjambre de bailarines.)* ¿Por qué no bailáis?

JOHNSON.—*(Animado.)* ¿Por qué no? *(Se levanta de un salto y se adelanta antes de volverse.)* Vamos, Jill; van a ver lo que es bueno... *(Pero cuando se vuelve, el rincón se halla a oscuras y* JILL *ya no está en él. El aturdimiento de* JOHNSON *se convierte pronto en angustia.)* ¡Jill! ¡Jill! ¿Dónde estás? ¡Jill! (JOHNSON *está casi en el centro de la escena, no lejos del comienzo de la escalera. Los bailarines permanecen inmóviles y la música se ha detenido. Hay un silencio. Después, llega lejana la* VOZ DEL CLÉRIGO.)

VOZ DEL CLÉRIGO.—...y que pueda tu siervo partir en paz, según tu promesa.

JOHNSON.—*(Clamando entre las sombras crecientes.)* ¡Jill! ¡Jill! ¿Dónde estás? ¡Jill! *(Vuelve a escucharse el tema sombrío y metálico que antes oímos. Sobre la escalera, alto, encapuchado, impresionante, aparece el* PERSONAJE. *Un haz dorado le ilumina desde abajo y pone su inmensa sombra en el alto telón del fondo. Una luz acerada baña la cara de* JOHNSON. *El resto se ha sumido en la oscuridad.)*

PERSONAJE.—*(Solemne.)* Robert Johnson, es hora de partir.

TODOS.—*(Retrocediendo, con un murmullo.)* ¡El patrón! ¡El patrón!

PERSONAJE.—No puedes continuar aquí, Robert Johnson.

JOHNSON.—*(Apurado.)* Mi mujer estaba conmigo hace un momento y ha desaparecido. La he perdido. Y necesito hablar con ella.

PERSONAJE.—No hace falta.

JOHNSON.—*(Muy apremiante.)* Sí, tengo que hablarle.

PERSONAJE.—¡Escucha! *(De algún lugar remoto, pero con gran claridad, llegan las voces de* FREDA *y* JILL *hablando exactamente como al final de la pequeña escena del vestíbulo.)*

VOZ DE FREDA.—Pero... mamá... Pareces otra...

VOZ DE JILL.—Lo sé, nena; y también me siento otra. Sé que lo comprendéis. De pronto he visto... con plena claridad... que ahora... todo va bien..., que ya todo va bien...

PERSONAJE.—¿Comprendes? Ya lo sabe.

JOHNSON.—¿Puede leer en mi alma?

PERSONAJE.—Acaso más allá.

JOHNSON.—Ahora puedes quitarte esa capucha y mostrar tu rostro, amigo que me llamas insensato. *(El* PERSONAJE *deja caer la capucha hacia atrás. El dorado haz de luz se hace más fuerte; y, en vez de un rostro indefinido, aparece la cara de un hombre joven y hermoso como un Apolo.)*

PERSONAJE.—Sí, ambas cosas son ciertas. Te he llamado insensato y soy tu amigo. Y ahora tienes una deuda que saldar.

JOHNSON.—Dijiste que no me costaría nada.

PERSONAJE.—Dije que no necesitabas dinero.

JOHNSON.—Entonces, ¿cómo puedo pagarte?

PERSONAJE.—*(Con gravedad.)* Dándome las gracias. Después será tu adiós, Robert. *(Todos los presentes, ahora sumidos en la oscuridad, empiezan a marcharse; y mientras se alejan escuchamos solo su confuso bisbiseo diciendo: «Adiós, Robert», «Adiós, Johnson», «Adiós, adiós». Queda* JOHNSON *solitario a la acerada luz, mientras el* PERSONAJE, *radiante y áureo, aguarda en la escalera.)*

JOHNSON.—*(Emocionado.)*

He sido loco, vano e ignorante;
pero he pasado un rato bajo el sol y la estrella;
conocí la dulzura y el rigor de los días,
la rama en flor, la madurez del fruto,
el profundo reposo de la hierba,
la sal de los océanos
y el éxtasis helado de las cumbres.
Es más noble la tierra que el mundo que sobre ella construimos;
pues la tierra es paciente, dura y fértil;
el mundo, todavía, incierto, oscuro, malo...
Pero ¿qué hice por merecer otro mejor,
aunque en mí vive algo que no hallará reposo
hasta no ver el Paraíso...?

(Con emoción incontenible.)

¡Adiós, las cosas todas!
No me recordaréis,
ni yo podré olvidaros...

PERSONAJE.—*(Con gravedad.)* Robert Johnson, es la hora *(Junto a* JOHNSON *aparece el* PORTERO, *trayéndole el sombrero, el abrigo y la maleta.)*

PORTERO.—Sus cosas, míster. *(Le ayuda a ponerse el abrigo.)*

JOHNSON.—*(Ya con el abrigo puesto y sosteniendo sombrero y maleta, con un eco de acentos infantiles.)* Porque Tuyo es el reino, el poder y la gloria... Dios bendiga a Jill, a Freda y a Richard... y a todos mis amigos... y... y... a todos... por los siglos de los siglos... Amén... *(Se pone el sombrero, ya dispuesto a partir. Levanta los ojos hacia el* PERSONAJE, *dudando. Vacilante.)* ¿Es... largo el camino?

PERSONAJE.—*(Sonriendo de pronto como un ángel.)* No lo sé, Robert.

JOHNSON.—*(Con desmaño.)* No... Bueno... Adiós... *(La música ha empezado un tema majestuoso, expuesto inicialmente por la madera. Mientras* JOHNSON *sigue allí, dudando, se oscurece la luz del* PERSONAJE *y acaba por desaparecer la escalera, dejándole solo, diminuto y perdido, porque el escenario se ha abierto al máximo y él es su único ocupante. Continúa la música, a la que se suman más y más instrumentos.* JOHNSON *mira a su alrededor, se estremece y se sube el cuello del abrigo. Surge ahora una intensa luz azulada que gana rápidamente en intensidad. Ha desaparecido el alto telón del fondo y este se hace cada vez más azul; hasta que al fin vemos brillar las estrellas en el espacio y, sobre ellas, el curvo confín del mundo. Mientras el metal estalla triunfante, redoblan los tambores, golpean los címbalos, y* JOHNSON, *con su sombrero hongo y su maleta se vuelve lentamente y camina hacia el espacio azul y las brillantes constelaciones, desciende el telón y la comedia ha terminado.)*

FIN DE
«ALLENDE EL JORDAN»